

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Por fin explayó ayer tarde el Sr. Castelar su anunciada interposición sobre la política general del gobierno. La concurrencia en las tribunas era numerosísima, como siempre que se sabe que ha de hablar el célebre orador de la minoría republicana, en quien el público ve más bien al artista que al político; no quedando defraudada la expectación general en la sesión de ayer, pues pronunció un brillante discurso.

El discurso del Sr. Castelar no fué solo brillante, sino que el tema de su interposición demuestra la importancia que debía encerrar. Tratabase nada menos que de una liquidación general de los actos del gobierno, si se nos permite esta frase. Con tal materia, pues, y con tal orador, fácil era preverlo así, la cosa prometía, especialmente cuando iba a combatir a un gobierno como el actual, que por su conducta inconsecuente, por sus principios sin definir, por su rumbo incierto y por su falta de política concreta, ofrece tantos puntos vulnerables como medidas adoptadas para los mismos revolucionarios. Así es que el Sr. Castelar dirigió severos cargos a cada uno de los ministros en particular, que no por ser hechos desde el punto de vista político del partido que S. S. representa, dejaban en general de ser justos y fundados.

No nos es posible seguir al orador republicano en su largo discurso ni hacer un análisis del mismo. Sería tarea interminable, y ni tenemos espacio para ello ni la índole de estas reseñas permite otra cosa que apuntar los hechos más culminantes que en las sesiones tienen lugar. Sintetizando, pues, el discurso del Sr. Castelar, debemos decir que, aparte de los ataques que dirigió individualmente a cada uno de los ministros, aparte de los intencionados apóstrofes que lanzó a los diversos jefes de las diminutas y hostiles fracciones de la Cámara para hacerles salir de su silencio, combatió principalmente al presidente del Consejo de ministros y al ministro de la Gobernación; al primero por su completa falta de política, como no fuese una política puramente personal que le llevaba al extremo de confundir su persona con la libertad, por su tendencia a vivir por encima de todos los partidos, con todos los partidos y contra todos los partidos, y al segundo por haberse apartado de la comunión política en que antes militaba, sacrificando en aras de la conciliación los principios que siempre había proclamado.

El general Prim, en quien produjo, por lo visto, vivísima impresión el ejemplo de Dumouriez, citado por el Sr. Castelar para demostrarle que la política de transacciones le había conducido al extremo de no hallar en su patria, no solo un hogar, sino ni aun un sepulcro, se levantó para contestarle, e intentando hacer un discurso sentimental, solo consiguió pronunciar uno, que no vacilamos en calificar de altamente cómico por sus formas y su fondo; así como el Sr. Rivero tampoco pudo defenderse de los ataques del Sr. Castelar, sino que se limitó a demostrar que los buenos oradores han solido perder las causas que han patrocinado.

El ministro de la Gobernación no dejó por su parte de devolver sendas verdades al Sr. Castelar, especialmente al decirle que S. S. y sus amigos no podrían formar un gobierno. Es muy cierto; pero ¿quiere el ministro que hay gran diferencia entre el de que S. S. es parte y el imposible del Sr. Castelar?

Antes de terminar, hemos de hacernos cargo de las últimas palabras que el jefe de la minoría republicana pronunció en su discurso. En el vuelo de imaginación que le distingue, tomando de la paleta revolucionaria los más fatídicos colores, trazó el negro cuadro que presentaría el país si se verificara la restauración de la reina. Horcas, llamas, sangre veía por doquier la exaltada fantasía del Sr. Castelar. Tranquilícese S. S. Es un cuadro puramente de imaginación, de los que tan bien sabe pintar, aun cuando se dedica a hacerlos de historia; y nada sucedería de lo que tanto teme el Sr. Castelar. La restauración se verificará forzosamente, porque la Providencia no puede ser engañada.

FOLLETIN.

EL SIERVO.

«Aquí la carta de Juan a su padre.
Mi querido y venerado padre: Sin duda os hallaréis muy apesadumbrado desde que supisteis mi fuga de casa de mi madre. La verdad es que he hecho de hablarme como de otra nueva madre de mi inocuidad; pero, padre mío, solo lo he hecho para evitar mayores males. El mercader de paños quería tratarme como el intendente de Rillé, y me he marchado para no verme obligado a levantar la mano contra un hombre cuyo pan había comido.

«No me acuseis, pues; Catalina, que os leerá esta carta, sabe bien que me es imposible soportar los golpes: los golpes se emplean con los animales, a los que no se puede hacerles comprender de otro modo, pero rebajan al hombre al nivel del bruto. Para todo ser que piensa, no debe haber otro látigo que la palabra, ni otro aguijón que el deber.

«Aquí me tenéis en París! esta sola palabra París dice mucho, pero no puede explicar la centésima parte de lo que contiene.

«París es una ciudad en que las casas están amontonadas como las piedras en las canteras, los palacios, las catedrales y las casas fuertes, son tan numerosas como las campanillas en nuestros campos de trigo. Aquí puede decirse que hay dos

de dejar por largo tiempo de tender su protectora mano sobre este ahora tan desventurado país, y la restauración, lejos de traer las pasiones, los odios y las venganzas de que ha venido precedida la revolución, traerá la paz que tanto necesitamos; el orden, sin el cual no pueden vivir los pueblos, y la justicia, que solo puede desaparecer en los breves y agitados periodos revolucionarios.

LOS DERECHOS DE REUNION

Y DE PETICION.
Cuando una sociedad no está preparada para ciertas innovaciones; cuando su historia, su tradición, sus costumbres, su cultura no se prestan ni se acomodan a demostraciones que en otras partes pueden ser fértiles y de seguro éxito, es inútil de todo punto querer dar a ese pueblo como una garantía, como un progreso y como un derecho, lo que le es perfectamente indiferente, y lo que no ha de dar ni un adarme más de libertad a sus actos, ni un átomo de autoridad a sus decisiones.

Y esto es lo que ha sucedido en España con el derecho de reunión, tumultuariamente acordado, y tumultuariamente ejercido.

Y ante todo, protestamos de que somos amigos del derecho de reunión. En los países constitucionales, en muchas ocasiones, pero principalmente en épocas electorales, el derecho de reunión es indispensable, existe asegurado en todos los códigos políticos del mundo civilizado; y el partido moderado le ha respetado, le ha ejercido y le ha dejado ejercer dentro de los límites de la legalidad a la sazón existente. No censuramos el uso, sino el abuso; y sobre todo, censuramos el que se crea este un derecho ilegítimo, y el que se conceda a todo bicho viviente, no porque no deseemos que todos le ejerzan, sino que ejercido de la manera que la revolución quiere, la revolución misma es la primera que se asusta, porque ve alarmada a la sociedad; la revolución misma es la que reprime, legisla y restringe; y nosotros hemos visto, claramente por los resultados del escaso efecto, la indiferencia con que estas grandes reuniones pasan por la vista del pueblo, pasan por la vista de la revolución, pasan por la vista de los legisladores mismos, y no hacen la menor impresión en el ánimo del pueblo, ni en el ánimo de las Cortes, ni en el ánimo del gobierno; y como no está dentro de nuestras costumbres ni de nuestras prácticas, una gran reunión ó una gran manifestación no ha dado todavía en España el menor resultado positivo. Las gentes acuden por curiosidad, se separan sin acordar nada generalmente, y si los que se reúnen acuerdan algo, el gobierno de la revolución es el primero a no dar importancia, ni hacer caso de semejantes acuerdos, si es que no prende, forma causa ó destierra a los manifestantes.

Veamos si no el resultado, y el efecto que han hecho las cuatro más grandes manifestaciones que ha presenciado la capital de España.
Los titulados monárquicos, dirigidos por el Sr. Olózaga tuvieron su correspondiente manifestación, preparando la broma nada menos que un hombre tan experto, y que había visto de cerca en Inglaterra estas reuniones. Los monárquicos de la revolución asistieron a esta fiesta demostrativa como si hubieran asistido a una procesion, que es a lo que estaban antes acostumbrados a asistir la mayor parte de los concurrentes; solo que a las procesiones asistían con su cara limpia y su cabeza descubierta, y aquí iban muchos embozados y como avergonzados de la farsa en que tomaban parte.

El Sr. Olózaga y otros pocos individuos de los trinitarios de la revolución, pronunciaron algunas palabras entre roncós y consintidos: nadie les oyó. Desfilaron muy humildemente delante de los tres reyes magos ciudades separadas por el Sena; en un lado, los habitantes van vestidos de negro, hablan, gesticulan y estudian; es el barrio de las Escuelas; en el otro, solo se ven brillantes vestidos, capuchas de mil colores, literas y cabalgatas; es el barrio en que habitan la nobleza y la clase media.
«Aunque la ciudad está empedrada, solo los pobres andan a pie. Los comerciantes hacen sus negocios a caballo, los médicos visitan a los enfermos a caballo, y hasta los monjes predicán a caballo. Solo los consejeros se dirigen a palacio en mulas.

«El número de carretas es numeroso; pero hacen muy poco ruido, no pudiendo usar ruedas con llantas de hierro más que las que se ocupan en el transporte de viveres.

«Por lo demás, atormentando vuestra imaginación, podréis formaros una idea de lo que es París de día; pero cuando hay que ver esta gran ciudad, es de noche, con sus mil faroles encendidos ante los nichos de los santos, las patrullas recorriendo las calles, y el ruido del Sena desahuciándose bajo sus inmensos puentes. A media noche, todas las campanas repican a la vez; se encienden los cirios en las iglesias, acuden a ellas los clérigos, resuena el órgano, y crece uno oír los cánticos de los ángeles en el cielo. Todo queda luego en silencio, hasta la hora de matutinos, en que se ven llegar los bedeles, los chaufres y los niños de coro; empiezan las misas, los sacerdotes se dirigen a los cementerios a la luz de las antorchas, rezando en todas las tumbas por el reposo eterno de los difuntos; por último, ananace, y el rumor de la ciudad que despierta ahoga los demás ruidos.

«Ayer presencié la comida del rey, que se componía de aves, huevos, cerdo y muchos platos de repostería cuyos nombres ignoro. Lo que más llamó mi atención fueron los postres. Un hombre de la clase media que estaba a mi lado me dijo el nombre de todos los platos. Componiase de confites de azúcar blanco, rojo y anaranjado, de anís y de corteza de limón. Cada vez que el rey tomaba el cubierto, un ugiere decía en alta voz:

«—El rey va a beber. Y todos los circunstantes exclamaban ¡viva el rey!

«El mismo individuo que me había indicado el nombre de los postres, me dijo que el servicio de boca de la casa del rey se componía de más de doscientas personas, entre marmirones, trinchadores, lacayos de la servilleta, escanciadores, ceniceros, sopladores, galopines y otros.

«En la corte y en algunos palacios se hacen cinco comidas: primero el almuerzo ó desayuno; la comida de las diez, a que llaman también *dinner*; el segundo *dinner*, la cena, y por último la comida de la noche ó colación.

«Pero a qué perder el tiempo en daros estos detalles? Por qué no estais aquí para ver todas estas cosas en mi compañía? ¿Por qué no puedo llevar a Catalina al palacio real, donde se vende cuanto sirve de adorno a las mujeres? ¿A la feria de San Lorenzo, y sobre todo a Lendini, en que se ve la llanura de San Dionisio cubierta de pergaminos y estudiantes por un lado, y por otro de telas, objetos de plata y de toda la aristocracia que habita en las inmediaciones del palacio de San Pablo?

«Pobre Catalina! ¡Ah! tal vez no la vea en

del pronunciamiento de Cádiz, y aquí paz y después gloria.

De aquella gran reunión monárquica nadie volvió a acordarse al tercer día.

Han pasado quince meses, y no hay monarquía ni monarca.

Tuvimos también una gran reunión republicana: mucha bandera, mucho jaleo, menos gente de levita que en la reunión monárquica otros tres ó cuatro discursos que nadie oyó, y que si hubieran oído los asistentes no los hubieran entendido, y la república no adelantó, ciertamente, un paso por estas demostraciones más ó menos tumultuarias. Al contrario; el pueblo, el verdadero pueblo, en su buen sentido, creyendo que república y manifestación son una misma cosa, se decía para sus adentros: «pues si todo se ha de pedir a gritos; si todo se ha de reclamar con banderolas; si es preciso dejar los talleres, y los trabajos, y las ocupaciones diarias para hacer el papel de vagos por las calles de Madrid; eso no puede convenir al verdadero pueblo, que come de su trabajo.»

La república no ha conseguido con sus manifestaciones, sino asustar y alarmar a la sociedad.

También las mujeres se dieron en espectáculo, y tuvieron su manifestación, pidiendo que la revolución cumpliera su palabra, y que no hubiera quintas en lo sucesivo.

Las pobres mujeres fueron ultrajadas é insultadas en el pórtico mismo del Congreso: a las madres de familia se las trató de perdidas y vagabundas por los revolucionarios, y sigue un año y otro año el sorteo de las quintas, como cuando no había derecho de reunión ilegítimo, y como cuando mandaban los *picaros de los reaccionarios*.

Viene, por último, la reunión de los obreros; la reunión para nosotros más lícita, más natural, más atendible; la reunión del verdadero pueblo, que no pide gollerías ni insensateces; que pide orden, que pide ley, que pide justicia, porque con orden, ley y justicia, tendrá trabajo y podrá vivir; y esa reunión es fuertemente censurada por los periódicos de la situación; y esa reunión es desatendida por el gobierno de la revolución, y esa reunión no consigue su objeto, y el pueblo continúa muriéndose de hambre y de miseria.

«De qué ha servido, pues, el derecho de reunión en España? ¿De qué han servido esas manifestaciones, ni qué raíces han echado estas costumbres en el seno de la sociedad española?

«Las manifestaciones se han mirado con indiferencia ó con curiosidad por los más, con alarma por muchos, con soberano desprecio por el gobierno que ha concedido el derecho de las manifestaciones, dispuesto el gobierno mismo a disolverlas a cañonazos, como sucedió en una ocasión en que los manifestantes tuvieron intención de pasar por delante del cuartel de San Gil, en son de censura por ciertos recuerdos, y en verdad que los manifestantes estuvieron sumisos y dóciles en cuanto vieron las bocas de los cañones, que es como si dijéramos en cuanto vieron las orejas al lobo; pero en fin, considerada la sociedad en globo y nuestras costumbres políticas, la influencia de esas manifestaciones en la prensa, en los legisladores, ni se conoce para nada, ni se respeta, ni se hace el menor caso. Por consiguiente, no hay para qué blasonar tanto sobre la tal conquista de la revolución, que después de todo ni es tal conquista, ni los españoles hacen el menor caso de estos derechos, que ni les dan ray, ni república, ni gobierno, ni sosiego, ni disminuyen las contribuciones, ni derogan las quintas, ni proporcionan trabajo, ni dan pan.

Este es el resultado del derecho de reunión, tal como lo entienden los revolucionarios.

mucho tiempo, porque estoy decidido a continuar aquí mis estudios, y si es posible a graduarme.

«Sucedá lo que quiera, no tengo que encargarte que pienses en mí, porque el corazón de Catalina nada olvida. Los afectos que en él han nacido, subsisten para siempre. Que continúe, pues, amándose como yo la amo; porque trabajo y vivo solo por ella y por vos, padre mío.

«Adios, acordaos de mí en vuestras oraciones, y no digais a dónde estoy, porque el conde Raul sería capaz de hacerme arrestar aquí y conducirme a sus estados, de los que formo parte, como los árboles que en ellos crecen.

«Que el señor tenga misericordia de vos y de mí.—JUAN.»

Escrita y enviada esta carta, Juan se sintió más tranquilo, y se apresuró a presentarse en las aulas, llevando en una mano los libros, y en la otra, como los estudiantes, un haz de paja para sentarse; mas al querer entrar, le pidieron la cédula en que su señor le autorizaba a seguir la carrera universitaria en París.

—Ningún siervo puede entrar en las aulas sin permiso de su señor, le dijo el encargado de la inscripción de los estudiantes.

De modo que, además de ser dueños de nuestros cuerpos, los señores lo son también de nuestra inteligencia, dijo Juan, y se retiró con el corazón henchido de amargura.

Como una estancia más prolongada en París le era ya inútil, estaba ya pensando en volverse a su aldea, cuando una noche se cerraron las puertas de la ciudad en medio de una gran alarma; todas las luces que ardían ante los nichos de los san-

Mayor desprecio han hecho aún del derecho de petición.

El pueblo español en masa ha pedido que se respetara la unidad católica en la Constitución del Estado, como la respetaron y consiguieron los hombres del año 12, que no pecaban ciertamente de reaccionarios. Una exposición dirigida a las Cortes pidiendo la unidad católica, se cubrió de firmas en todos los ámbitos de la monarquía. Ha sido una petición firmada por más de tres millones de españoles.

Esos increíbles de sainete, que se tienen por representantes del pueblo, se han mofado de la petición de su mayor y más sana parte, y han hecho una Constitución que jamás será española, solo porque le falta para ser legítima la correspondiente partida de bautismo, le falta el sello especial y característico del sentimiento íntimo de los españoles.

Ayer mismo, los caballeros más distinguidos de una orden preclara pedían en nombre del derecho, en nombre de la cultura, en nombre de la religión, en nombre de la libertad, que no sedemoliera una iglesia y un convento de monjas. Todo cuanto Madrid encierra de noble, distinguido se asoció inmediatamente a este pensamiento nobilísimo y justo; pero se oponen a los legítimos deseos del pueblo de Madrid unos cuantos seres oscuros, ignorantes, envidiosos, humildes con los que fusilan a sus hermanos, y valientes con las infelices monjas, y el gobierno, más culpable que ellos, cede, y las monjas son trasladadas de domicilio, y el convento será derribado, desatendiendo tan justa petición.

De manera que estos revolucionarios, no solo no hacen cosa de provecho para la nación, sino que los derechos que dicen nos han dado, son ellos los que los conculcan y desprecian.

Esos hombres están dejados de la mano de Dios, y por eso se encargan ellos mismos de hacer aborrecibles sus obras, y patentes su inconsecuencia, sus malas pasiones.

ESPAÑA CON HONRA.

Sr. D. Juan Prim.

Triana 11 del corriente.

Muy señor mío y mi dueño: Cuando esperaba con ansias vivas recibir las nuevas del advenimiento y proclamación del señor duque de Montpensier al trono de estos pueblos por rey de ellos, llegan a mis manos diarios y cartas de esa villa, en las cuales se da cuenta y explican y comentan las por extremo irrespetuosas palabras que fué osado a pronunciar vuestra merced en la sesión de las Cortes del 5, llamando con grandes voces Borbon, ¡qué horror! a mi señor don Antonio. Porque, ó lo dijo vuestra merced irónicamente, ó lo dijo de buena fe: si lo primero, no hizo bien, pues, aparte de que las tales maneras de hablar no se acomodan a las Cortes de los grandes personajes, como lo es casualmente vuestra merced, la gravedad é importancia del oficio que desempeña, obligan a guardar cierta compostura y continencia de palabras; y, si lo segundo, esto es, si dijo de buena fe que su señoría del duque de Montpensier era Borbon, puso, por ende, al descubierto, las partes de su ignorancia en punto a filosofía de la historia, porque en la verdadera y genuina y propia aceptación de la palabra no lo es ni con una legua. Voy ahora, con su permiso, a demostraros en dos palabras, y para mayor claridad, comenzaré por su genealogía.

Hubo, allá en Francia, los siglos pasados, una ilustrísima familia, cuyos orígenes se remontan a una época prehistórica: llamábase Capeto, y de ella provinieron los Valois, los Borbones y los Orleans; y su divina majestad, para que no hubiera nunca desazones, ni disgustos entre unos y otros, fué servida de disponer que todos reinaran sucesivamente, y así como por turno. El nombre de Orleans era muy antiguo ya entre los más rancios

de aquella tierra, y lo llevaron muchos individuos de las familias reinantes, v.g., el señor don Roberto I, el cual 923 años después de Cristo era conde de Orleans: don Felipe VI lo elevó a la categoría de duque para dársele a su hermano; después, Luis XII que, siendo duque de Orleans pasó a ocupar el trono, se lo incorporó al patrimonio de la corona, y así estuvo hasta que Luis XIII de Borbon lo desvinculó della; vamos al decir, para regalar con él a su hermano don Gaston. Muró sin hijos mi señor don Gaston; y como Luis XIII solo tuviera dos, al mayor, que fué Luis XIV, le dejó la corona, y al menor, don Felipe, el duque de Orleans; y desde aquella hora todos dieron en llamar Borbon al uno y Orleans al otro: deste don Felipe, descendió por línea recta nuestro don Antonio; con que ya ve vuestra merced.

Adivino y comprendo perfectamente, magnífico señor, que, al llegar vuestra merced a este punto de mi carta, exclamará diciendo: cogite; aquí lo que se demuestra de una manera clara y precisa, es que Montpensier no es lo que dicen sus parciales, sino Borbon por todos cuatro costados, como descendiente de Enrique IV, padre universal de los Borbones, y de Luis XIII de Borbon; luego di en el blanco, llamándolo tal el día pasado.

Pílete, diréyo; porque si bien mi señor don Antonio es Borbon de apellido, como Fernando VII y don Isabel II; si bien el Orleans no pasa de ser un título de nobleza como Medinaceli, Osuna ó cualquiera otro, no es menos cierto que, con el auxilio de la ciencia, (y aquí encaja y viene de molde aquello que dije al comenzar a vuestra excelencia, relativo a la filosofía de la historia), se ha logrado descubrir que los Borbones llamados vulgarmente Orleans, son y han sido siempre por los impulsos, pasiones é instintos que los animan, agitan y mueven el *odium*, vamos al decir, de los Borbones á secas. Y si estos no son títulos bastantes para que, sin demora, se proclame aquí por rey a quien, tan religiosa y puntualmente, ha continuado en nuestra patria las nobles tradiciones de su familia, «facilitando antes y después de la revolución los elementos necesarios para llevarla a cabo y cimentarla, como príncipe ilustrado, liberal, digno de respeto y de toda clase de elogios que es (1)», digo que no sé de qué cualidades y requisitos ha de hallarse revestido el príncipe valeroso y honrado que sirva de remate y coronamiento a esta por tantos títulos honrada y valerosa de Setiembre. Ni qué príncipe, tampoco, más ocasionado á simbolizar el pronunciamiento de 1868, y la enemiga de sus autores a la dinastía borbonica que un sugeto que, después de haber recibido los mayores beneficios de esa dinastía, se revuelve contra ella y, tan poderosamente, contribuye a su ruina?

Demás desto, que es lo particular de mi señor don Antonio, están los recuerdos, las tradiciones, la historia de los Orleans en general. Si vierais vuestra merced qué mal se han llevado siempre con los Borbones: allí donde haya habido un Borbon ejerciendo el poder supremo, allí ha estado de hecho y de derecho un Orleans, royndole los zancajos y haciéndole fechorías, tuertos y desaguisados. Ya ve vuestra señoría que no es de ahora esto, sino de muy antiguo, pudiendo asegurarse que la única persona deste nombre que no haya dado disgustos a los Borbones fué la famosa Doncella de Orleans; porque como siempre han sido los individuos desta familia liberales por extremo y dados al progreso con demasia, tenían que hallarse a todas horas frente con frente con los reyes.

Era, pongo por caso, rey de Francia Luis XIII; pues a su lado, siguiéndolo como un perro, iba don Gaston, duque de Orleans, intrigando y moviendo cisco, sin vagar un hora. El se casaba y se descasaba, solo por dar que hacer a la familia; él conspiraba contra Richelieu y contra todo bicho viviente, y luego, y en esto daba pruebas de gran cordura y prudencia, dejaba ir a sus cómplices al

(1) *Diario Español* del 9 de Marzo de 1870.—N. de la R.

tos se mandaron apagar, dándose al propio tiempo órden a los habitantes que tuvieran delante de las puertas un cubo de agua y una vela encendida. Los ingleses habían descendido el Sena y trataban de atacar a París, habiéndose descubierto desde por la mañana los fuegos de las avanzadas; poco después el grueso del ejército apareció y acampó en ambas orillas.

Entre tanto todos los hombres de guerra que había en la ciudad se armaron, acudiendo también los vecinos lanzando grandes gritos. Llegaron a las fortificaciones grandes piedras para arrojar a los sitiadores, y sacos de arena para ponerse a cubierto de sus flechas.

Poco a poco fué desapareciendo el terror y dando lugar primero a la confianza y luego al desden; y dijeron a voces los parisienses que era preciso anticiparse al enemigo atacando su campo. Reunieron los hombres de armas, los vecinos más animosos se les agregaron, y una de las puertas de la ciudad se abrió para dar paso a la tropa que iba a combatir a los ingleses.

Juan, que se había encontrado una alabarda olvidada en la confusión del primer momento, formaba parte de los expedicionarios.

Pronto dieron vista a los enemigos, que estaban preparados a recibirlos. Los arqueros ingleses se adelantaron contra el cuerpo de vecinos de París que marchaba de vanguardia; contra todas las probabilidades, estos se mantuvieron firmes, y aunque sufrieron pérdidas de consideración, continuaron su marcha contra el campamento inglés.

(Se continuará.)

cadalso, sin decir esta boca es mía, para no comprometerlos más.

Era Felipe V rey de España: tras D. Felipe, este vuestro merced un Orleans, ejerciendo mando, y moviéndose mucho y agitando: el año, ya conspiraba contra su sobrino para derribarlo del trono: echábase de aquí, se va camino de Francia; y a pesar de haber caído, por su fortuna, en desgracia, es lo cierto que, a la muerte de Luis XIV, quedó por regente del reino: porque eso sí, acomodaticios lo son, y cuando no pueden ser reyes ó arzobispos siquiera, se avienen con regencias ó cosa tal.

Sube al trono Luis XVI; no accede a nombrar al duque de Orleans, el famoso Luis Felipe José, grande almirante de Francia, y ya no es preciso más: se hace liberal, y más tarde antidinástico, y luego se muda el nombre, poniéndose Felipe Igualdad, y por último, vota la muerte de Luis XVI. Después, sin duda hubo de parecer reaccionario a los franceses, porque le cortaron la cabeza. Dios lo haya perdonado.

Acaece la guerra de la Independencia de España; y el hijo de este señor, que andaba por el mundo errante y fugitivo, al ver a esta patria huérfana de sus reyes, vino y la ofreció su espada, su corazón y su cabeza para socorrerla y servirla contra los franceses, sus hermanos; pero, las Cortes no tuvieron a bien utilizar sus servicios, y él se recogió luego en Francia, a la sombra de la restauración. Una vez en su tierra, se hizo devolver sus cuantiosos bienes; y cuando ya estuvo rico y confortado, entonces comenzó a hacer del liberal y del espléndido, dió muchas limosnas, explotó magistralmente al poder en toda ocasión, hizo, de vez en cuando de víctima, y así se fué atrayendo a su casa a todos los discípulos, ambiciosos y descontentos, con lo cual, en el momento de la explosión de 1830, se halló hecho rey de los franceses. No ha menester farse mucho vuestra merced en esta traza empujada por don Luis Felipe con Carlos X, para venir en conocimiento de que su hijo don Antonio, ha seguido la misma conducta con doña Isabel II.

Pues, ¿y qué decir de los que, como don Antonio, llevan el título de Montpensier? Ahí es nada. Mi señora, una duquesa de este nombre, sepuso de malas una vez con el rey de Francia, don Enrique III, y le tomó tal iniquidad, que lo hizo asesinar. Y era la buena señora tan equitativa y amiga de la justicia, que, cuando le trajeron la nueva del suceso, exclamó sollozando y echados los brazos al cuello del mensajero: «¡lo que siento es que no haya sabido, antes de morir, que el golpe partía de mí!» y digo que decía esto, porque no cargase S. M. la culpa sobre otro.

Y la otra duquesa, más conocida que la ruda, bajo del nombre de *Mademoiselle*, que pasó toda la vida conspirando y metida en la Fronde hasta los ojos?

Y... pero basta con lo dicho, señor, para demostrar a su claro entendimiento que, si bien son Borbones los vulgarmente llamados Orleans, no se les debe confundir con los otros, para no dar gato por liebre. Enmédense, pues, y se retracte; que de corazones nobles y bien nacidos es conocer, y confesar las faltas, y sobre todo, no sea terco, que ya basta de interinidad y de pasteles. Deje a Topete con el encargo de todo, como ya se ha dicho, que él dispondrá lo conveniente, y tome vuestra merced esa negra embajada de Londres, y regálese allí y estése quedo, que ya va entrando en años y es razón que descanse. Del que diran, no se cure, porque *La Libertad* y *El Imparcial* son nuestros, y sacarán la cara por vuestra merced, si fuese necesario, y por el duque.

Y rogando al Señor que lo ilumine y le dé buena mano, quedo de vuestra grandéza.

FULANO DE TAL.

P. S. Acabo de recibir un telegrama de esa, en el cual telegrama se me da cuenta de cierto gravísimo asunto en que se halla metido vuestra merced. Dios lo saque bien.

Digo que de hacer una que sea sonada, podrá decirse que ni en vuestra merced se interrumpen las tradiciones de familia de que más largamente se habla en el cuerpo de este escrito.

VALR.

LOS PROGRESOS DE LOS REVOLUCIONARIOS EN LA CIENCIA DEL DERECHO.

Los progresos que la revolución ha hecho en todo orden de ideas y de doctrinas durante el año, y medio que cuenta de existencia, son de tal magnitud y de tanta notoriedad, que de grado ó por fuerza los ve y los conoce todo el mundo.

Los progresos en el orden religioso están consignados en la expulsión de los jesuitas, la guerra declarada a las religiones, la disolución de la sociedad de San Vicente de Paul, la destrucción de los templos y todo ese conjunto de hechos abominables a que se denomina, por irrisión sin duda, libertad de cultos, y a que el público, dándole su verdadero nombre, llama persecución al culto católico.

Los progresos en el orden político, brillan con resplandor vivísimo en los celebres derechos ilegales, anteriores y superiores a toda legislación escrita y no escrita, en virtud de los cuales el derecho del uno limita el derecho del otro, de cuyo sistema se están viendo todos los días bellas y sorprendentes aplicaciones, y recientemente acaba de verse uno en la provincia de Segovia, donde el garrote de unos ciudadanos ha limitado el voto electoral de los otros.

De sus progresos en el orden moral dan eloquente testimonio los inmundos escritos que ven la luz pública, las estampas obscenas que adornan los escaparates de las tiendas, y el can-can de los teatros, a algunos de los cuales se ven privadas de concurrir las señoras desde que tiene su asiento entre nosotros la revolución, que vino a traer la moralidad.

Pero si estos progresos son tan notorios que no hay necesidad de encarecerlos, hay otros que por la especialidad de la materia no lo son tanto, en cuyo número se cuentan los que se han hecho en la ciencia del derecho. No es obra de un momento rescatarlos todos; pero daremos hoy una pequeña muestra de ello, reservando para otros números la continuación de esta tarea.

Siempre se ha creído que el sistema más conveniente, más humano, más benigno y que llevaba consigo más espíritu de amor y de protección a la sociedad, es el que impide ó previene los delitos,

porque con él se evita un número considerable de males. Con él, en efecto, se evita el daño que causa el delito a la persona que de él es objeto, la alarma que a la sociedad produce, la pena que en virtud de él se impone al delincuente, y la desgracia que esta pena hace pesar sobre toda su familia. Prevenir los delitos, es, pues, la obra más bella y más humanitaria que puede llevar a cabo el poder social; y si le fuese dable prevenirlos todos, este poder sería una especie de ángel tutelar de la sociedad y de la familia, para el cual no habría nunca bendiciones bastantes, ni gratitud proporcionada a sus beneficios.

Desde la antigüedad más remota ha estado el mundo en posesión de esta verdad y en la seguridad completa de la excelencia de esta doctrina. Por eso, si a nosotros, pobres reaccionarios, que tenemos el mal gusto de pensar como han pensado sobre las grandes verdades, las generaciones que nos han precedido, se nos preguntara: «¿qué queréis más: impedir los crímenes empleando al efecto eficaces medidas preventivas, ó esperar a que los crímenes se consumen para ejercer después todo el rigor del sistema represivo sobre los delincuentes?» responderíamos sin vacilar: «queremos resueltamente y sin la menor duda el sistema preventivo; queremos evitar desgracias irreparables, antes que consentirlas con una indisculpable tolerancia, y vemos luego en la cruel necesidad de agravar con la imposición de severas penas el mal que nosotros mismos hemos dejado cometer.»

Pero véase lo que son los progresos y hasta donde llegan los grandes descubrimientos de las revoluciones modernas. Hoy aparece en la arena de nuestras luchas políticas una escuela revolucionaria, que no solo nos disputa la excelencia de esas doctrinas, sino que las declara atentatorias a la libertad del hombre, y afirma que no tiene la sociedad derechos prácticos, porque debe dejar al individuo en la plena facultad de hacer el bien ó el mal, y solo después de haber hecho el mal es cuando tiene derecho a castigarlo. Hoy nos aprehendemos, pues, de que nuestra doctrina no es liberal, y si lo liberal es la barbarie é inhumana compensación del crimen con la horca ó la cadena, ser que de aquí nuestros lectores las consecuencias que sean del caso.

Por nuestra parte, solo diremos que esto es lisa y llanamente trastornar las ideas más sencillas, involucrar en una horrible confusión cosas que son de sentido común, erigir el error en verdad, y querer imponer a las inteligencias que lo rechazan, imponiendo a la vez con él la más irritante de todas las tiranías.

Si fuera nuestro ánimo tratar detenidamente este punto, y si merecieran ciertos absurdos los honores de una amplia discusión, diríamos ante todo que el error fundamental de esta teoría, estriba en suponer que en la libertad del hombre se incluye el derecho al mal, idea falsa, repugnante, funesta y perturbadora en su raíz. Entonces demostraríamos que el hombre no tiene, nunca ni en ningún caso, ese derecho al mal, de lo cual son en el terreno práctico una demostración elocuente las grandes fuerzas de vigilancia organizadas en todas las naciones del mundo con el objeto exclusivo de impedir el mal en todas las esferas sociales; y también los Códigos penales de todos los países, que son la protesta pública y solemne que formula la sociedad contra el mal. Pero no queremos llevar tan allá nuestra tarea en estos momentos. Además, como la doctrina que combatimos se desacredita por sí misma, con solo enunciarla, no se necesita para luchar con ella entrar en consideraciones filosóficas. Basta imaginar cuáles serían sus consecuencias en la práctica, para rechazarla abiertamente.

Según ella, la autoridad no tiene derecho a coartar con medidas preventivas la libertad del asesino que aguja el puñal y espía el momento de clavarlo en el corazón de su víctima; sino que debe esperar para ejercer su acción, a que el asesinado se haya consumado; y después ofrecerle por consuelo a la desolada viuda, y al huérfano desamparado, no ya la muerte, porque tampoco lo consiente la filantropía revolucionaria, sino la pena de presidio impuesta al matador. ¿Qué aberración y qué absurdo!

Aplicando estas doctrinas al orden moral, la sociedad no deberá adoptar medidas preventivas contra el fraude, el vicio y el desorden, sino esperar a que el veneno se haya infiltrado en los corazones; y cuando se empiecen a producir los males como fruto necesario de la mala semilla, entonces deberá castigarlos, añadiendo al mal de la culpa el mal de la pena, que nada remedia y que deja subsistente el inmenso desorden moral, de que no son sino manifestaciones aisladas aquellos hechos punibles.

Aplicando esta doctrina a la familia, el padre, en vez de formarla en esa escuela de severidad de costumbres que constituye la belleza del hogar doméstico, y es al mismo tiempo la honra y la gloria de la sociedad, debería dejar a sus hijos y a sus hijas en libertad absoluta, sin oponer el menor dique al desbordamiento de sus pasiones; y cuando los excesos de estas hubiesen traído por consecuencia los vicios, la prostitución, ó tal vez el crimen, entonces debería desplegar su autoridad é invocar la acción de las leyes, para que castigasen las infamias que no creyó conveniente evitar a su tiempo.

Apenas puede concebirse que la revolución se atreva a trastornar las nociones de lo justo y de lo injusto, del error y de la verdad, hasta el punto de haber una escuela que niega la conveniencia de los medios preventivos de los delitos, considerándolos atentatorios a la libertad humana. Pero si la razón y la justicia protestan contra esta doctrina, el sentido común la rechaza todavía, como más fuerza, y repite a toda hora, contra las declaraciones del error, que es mejor prevenir que curar.

Contra esta verdad, no prevalecerán nunca los delirios de ciertas escuelas, por más alto que se pregonen.

Los errores pasan, llevando sobre sí el anatema universal. La verdad permanece, acatada por el respeto de las generaciones.

EL CONTRIBUYENTE

El hombre es un ser social por naturaleza. El poder es la defensa de la sociedad; si lema de todo gobierno la resistencia, pero no una resistencia indefinida, porque siendo su objeto defender a los asociados de las invasiones del individuo, su acción no debe extenderse más de

lo necesario para evitar semejantes invasiones. La justicia que exige la conservación simultánea de la sociedad y de la libertad humana, es quien fija el límite dentro de la resistencia legítima del poder, y empieza la invasión del mismo. La ley debe definir claramente los derechos y deberes de los súbditos y de los gobiernos, las infracciones de la ley son invasiones anárquicas é ilegales. El cumplimiento de la ley, tanto en el que manda como en el que obedece, constituye la armonía social.

La historia de los gobiernos que resisten, dice un gran publicista, es la historia de los gobiernos tutelados; la de los que en vez de resistir invaden, es la historia de los gobiernos tiránicos; la de los que en vez de resistir ceden, es la historia de los gobiernos imbeciles.

Los gobiernos, en virtud de las funciones que ejercen, tienen que pagar los servicios de numerosos agentes.

Para suvenir a los gastos públicos, no hay en definitiva más que un medio, la contribución.

Estas ideas fundamentales explican la legitimidad del impuesto.

El hombre es un ser social.

La idea de sociedad entraña necesariamente la de gobierno.

La necesidad del gobierno es el origen filosófico del impuesto.

Gobernar en su sentido más lato es garantizar el orden, la propiedad, la justicia, la libertad y seguridad del individuo, la integridad del país y el cumplimiento de las leyes y de los contratos.

El pago de estos servicios es la contribución.

Existen tributos, y no gobernar es simplemente una defraudación.

En cambio del sacrificio que se exige al contribuyente hay que proporcionarle un bien positivo y tangible. Si la sociedad representada en el gobierno no proporciona ventajas al ciudadano, no es justo obligarle a contribuir al precio de lo que no recibe.

Es este aconsejar al pueblo que no pague contribuciones al actual gobierno. Nada más lejos de nuestro ánimo: seríamos consejeros si una penosa de demencia, sobre todo teniendo en cuenta que las contribuciones se cobran ahora con el auxilio de las bayonetas, y que se mata a los que, como en Lugo, resisten el pago de la contribución. Es solo hacer observar que se satisface un servicio que no se recibe; que hemos pasado de contribuyentes a pecheros.

El señor feudal en la Edad Media, el señor de horea y caballero para sus necesidades ó para sus caprichos, imponía tributos a sus vasallos, y ni daba ni debía dar cuenta de su inversión. Cuando a su voluntad placía lanzaba la cohorte de sus parásitos sobre los campos de sus colonos indefensos, y gozaba después tranquilamente del fruto de sus rapiñas en el pavoroso castillo donde se albergaba. El vasallo no tenía derecho a exigir protección en cambio del irregular tributo que su amo le exigía. Era un pechero, un miserable pechero, nacido para alimentar con el sudor de su frente el fausto y la indolencia de su señor.

El contribuyente moderno no puede ser un pechero, que con razón decía Mirabeau, el impuesto no será en adelante más que un anticipo para obtener la protección del orden social, una condición impuesta a cada uno por todos.

¿Pero el ministerio actual gobierna? El señor feudal en la Edad Media, el señor de horea y caballero para sus necesidades ó para sus caprichos, imponía tributos a sus vasallos, y ni daba ni debía dar cuenta de su inversión. Cuando a su voluntad placía lanzaba la cohorte de sus parásitos sobre los campos de sus colonos indefensos, y gozaba después tranquilamente del fruto de sus rapiñas en el pavoroso castillo donde se albergaba. El vasallo no tenía derecho a exigir protección en cambio del irregular tributo que su amo le exigía. Era un pechero, un miserable pechero, nacido para alimentar con el sudor de su frente el fausto y la indolencia de su señor.

¿Está garantida la propiedad? Respondan los hacendados de Andalucía, cuyos terrenos se han repartido, y que no pueden recoger sus cosechas.

¿Está garantida la justicia? Nos referimos a lo que diariamente exponen en el Congreso, no solo solo republicanos é ilustrados, sino los mismos diputados del mayoritario partido.

¿Tienen prestigio los tribunales de justicia? ¿Y cómo han de tenerlo, si ahora puede impunemente un coronel amigo de Prim, lanzar de su puesto y rasgar la toga de un magistrado?

¿Y de la libertad, de la seguridad individual, y del cumplimiento de las leyes y de los contratos que dicen? ¿No se proclama hoy día que esos derechos no tienen más garantía que el prestigio de los tribunales, o mejor dicho sin imparcial, justo é independiente criterio que descansa en la inmutabilidad judicial? Pues bien; ahora, como ahora, el juez se halla a merced del ministro. Una magistratura política no puede ser garantía social. Romero Ortiz nombra a la raíz de la revolución, una magistratura unionista; Ruiz Zorrilla y Montero Ríos la sustituyen después por otra progresista, y si llega a ser ministro Martos, tendremos una tercera hornada de jueces democráticos.

Y si todo esto es tan cierto que nuestros propios adversarios lo confiesan, ¿es justo pagar la contribución? Debe pagarse el impuesto para que se gasten dos millones en alhajar las habitaciones de un ministerio, para que Olagüe gaste cincuenta mil duros en París, para que todos los empleados de cierta categoría tengan coche, etc.?

Podrá ser, según las nuevas teorías, mas para nosotros, cuando el impuesto no es el pago de un servicio, el contribuyente deja de ser un ciudadano y pasa a ser un pechero.

MUERTE DEL INFANTE DON ENRIQUE.

De los periódicos de anoche copiamos los siguientes párrafos, que hacen relación de tan grave como sensible suceso.

El Tiempo lo refiere así: «Bajo la dolorosa impresión que todo corazón hidalgó debe sentir en presencia de una lucha fratricida, vamos a narrar, sin comentario alguno, lo que hemos oído sobre el drama de que ha sido teatro esta mañana el campo en que se halla situada la escuela práctica de arteillería.»

El duque de Montpensier ha dado muerte en desafío a su primo D. Enrique de Borbón, que recibió una bala en la cabeza, habiendo sido padrinos del duque de Montpensier su ayudante de campo Solís y los generales Córdova y Alaminos, y del infante D. Enrique los diputados republicanos Rubio, Santamaría y García López.

Este suceso nos recuerda el ocurrido hace, un año con el desgraciado D. Celestino de Olagüe.

Creemos que se adoptarán ahora las mismas resoluciones que entonces.

Gravísimo conflicto se ha creado a la situación política con motivo del duelo de esta mañana.

La desgracia persigue al duque de Montpensier: Siente desahucarse en su alma un sentimiento desmedado de ambición; conspira contra su reino, y logra verla destruida.

Intenta ocupar el trono, pero la hidalgía española no lo consiente.

En tal situación, un hermano de la reina doña Isabel, un hermano de su esposa la infanta doña María Luisa Fernanda, lo acusa en términos violentos; el duque

de Montpensier le reta al campo del honor, y allí muere el infante D. Enrique.

¡Qué fatalidad! El duque de Montpensier hizo destruir a su reino, cometiendo un fratricidio, según las leyes de la moral; el duque de Montpensier mata al infante D. Enrique, cometiendo otro fratricidio, según las leyes de la naturaleza.

Están divididas las opiniones sobre las leyes que deben cumplirse en la persona del duque de Montpensier, como reo de homicidio, a consecuencia de su duelo con D. Enrique de Borbón.

Unos creen que debe ser el Código penal, y otros las ordenanzas generales del ejército, atendiendo a que el duque de Montpensier es capitán general.

¿Parece que en el acto de caer cadáver el infante don Enrique, ante la pistola del duque de Montpensier, se trasladó, por encárgo de éste, el general Córdova al ministerio de la guerra, para dar cuenta al general Prim del resultado del desafío?

Los que tal decían, añadían que el duque de Montpensier había salido para Portugal.

El juez de primera instancia del distrito correspondiente está instruyendo, con arreglo al Código penal, diligencias sobre el desafío del duque de Montpensier con su primo el infante D. Enrique, y sobre las circunstancias que ha habido en la preparación y desarrollo de este lance, que preocupa hondamente a todas las clases de la sociedad madrileña.

Se ha dicho en los círculos, donde no se habla de otra cosa que de la muerte del infante D. Enrique que el cadáver de éste ha sido conducido al cuartel de San Gil, y allí se le ha depositado en un ataúd de plomo.

Hay varias versiones respecto del punto en que se encuentra el duque de Montpensier. Según una, se halla refugiado en la embajada de Austria; según otra, está en su casa de la calle de Puencarral, y la tercera es que ha salido en un tren expreso para Portugal.

Decididamente, el efecto producido por el resultado del duelo del duque de Montpensier le es en extremo desfavorable.

«¡Lo que padece la ambición!» dicen muchos.

Nosotros nos dolamos del suceso, pero más lo sentimos el duque, que ha perdido irremisiblemente lo que tanto codicia, y sin duda, al mismo tiempo, la paz del alma.

Sea por el horror que inspira el derramamiento de sangre humana, sea por las ideas políticas que profesa el infante D. Enrique, al saberse el resultado del desafío, en algunos barrios de la capital hubo personas que dieron gritos contra el que ha sido causa de que queden huérfanos cuatro hijos.

La Epoca, que tan bien enterada suele estar de esta clase de noticias, da la siguiente versión de este tristísimo acontecimiento, bien diferente por cierto de la que irremisiblemente hace toda la prensa:

«El electo oratorio del discurso del Sr. Castelar habría sido mucho mayor, si no estar los ánimos hondamente preocupados con el suceso que hoy era objeto de todas las conversaciones.»

«Nos referimos al fallecimiento del infante D. Enrique, cuyo cadáver ha sido depositado en la capilla de la dehesa de los Carabanchales. Como se había hablado públicamente de un lance de honor entre este y otro distinguido personaje, de resultados de la carta, que, deplorándolo, con todo nuestro corazón, damos a conocer, naturalmente el público ha querido enlazar ambos acontecimientos. Sin embargo, el juez de Getafe, que es a quien corresponde entender en la causa, ha averiguado por las declaraciones de algunas personas que el infante don Enrique recibió la muerte por haberse disparado una pistola que estaba probando, y cuya bala le dio en la sien derecha.»

«Es un infueto suceso aludido el Sr. Castelar al principio de su discurso.»

Como la familia del infante D. Enrique se hallaba exhausta de todo recurso, el señor duque de Montpensier ha anunciado la resolución de adoptar a los huérfanos.

El duque de Montpensier está consternado por esta dolorosa catástrofe.

El juzgado de Getafe ha empezado esta tarde las diligencias para averiguar todos los pormenores sobre la terrible desgracia acaecida al infante D. Enrique.

El Pueblo dice lo siguiente: «Se asegura que esta mañana ha tenido lugar en las Ventas de Alcorcón el desafío pendiente entre el duque de Montpensier y el ex-infante D. Enrique, y que éste ha sido muerto por aquel de un balazo en la cabeza.»

Lamentamos estos sucesos, que nos recuerdan las costumbres de la Edad Media.

«El señor duque de Montpensier está, pues, condenado por la ley penal a cuatro años de extrañamiento.»

El Legitimista Español publica los siguientes párrafos: «Se asegura que esta mañana se ha producido el duelo entre el duque de Montpensier y el ex-infante D. Enrique, y que éste ha sido muerto por aquel de un balazo en la cabeza.»

«Parece seguro, que, merced a algunas providencias, deba verificarse en la mañana de hoy un duelo entre tres elevados personajes, extranjeros el uno y español el otro.»

A última hora se sabe de una manera cierta que este último ha muerto de un balazo en la frente.

Lamentamos la desgracia de nuestro compatriota. La Esperanza publica lo siguiente: «Como ya indicamos en otro lugar, ha sido hoy objeto de toda clase de comentarios el duelo habido entre dos altos personajes, de cuyas resultas, según públicamente se dice, ha muerto el infante D. Enrique de Borbón.»

«Deploremos sinceramente tan doloroso acontecimiento, que no dudamos ha sido preparado por la Providencia.»

«Dios La Independencia Española: «Se da por cierta la noticia de haber muerto D. Enrique de Borbón en desafío celebrado esta mañana con el duque de Montpensier.»

«Leemos en El Universal: «Es objeto de todas las conversaciones un sangriento lance ocurrido en la mañana de hoy entre dos personas tristemente célebres en la actualidad.»

«Asegúrase que el duque de Montpensier ha matado, en desafío, al ex-infante D. Enrique de Borbón.»

«Ignoramos los detalles de este acontecimiento gravísimo.»

«Esperamos, al pronto y, exacto cumplimiento de la ley, que es igual para altos y bajos.»

«Tenga presente el gobierno que el duelo está penado por nuestro Código.»

«Vamos a hacer el relato de tan desgraciado suceso, tal como ha llegado a nuestra noticia, sin perjuicio de rectificar cualquiera equivocación en que involuntariamente incurramos.»

De resultas de la hoja publicada por el infante D. Enrique, titulada *A los Montpensieristas*, parece que D. Antonio de Orleans se dió por ofendido, y escribió al infante, exigiéndole una retractación o que negase que dicho documento fuera suyo; el infante le contestó que no solo era suyo, sino que le incluía otro número y firmado, para que no le cupiese dada que él era su autor: entonces el du-

que de Montpensier comisionó a los generales Córdova y Alaminos y a su ayudante Sr. Solís, para que se entendiesen con los padrinos que los diputados republicanos Sres. Rubio, García López y Santa María. Aceptado el duelo, se acordó que este tuviera lugar ayer a las diez de la mañana en la dehesa de los Carabanchales, a pisdicha hora se encontraron en el sitio señalado todos los actores de tan sangriento drama, y alguno que otro interesado en favor del duque de Montpensier; a éste favoreció la suerte para que tirase primero, y colocados en sus puestos y dada la señal, D. Antonio de Orleans disparó a su pistola. El infante, a pesar de no ser el ofendido, se habría terminado aquel suceso sin efusión de sangre, y apuntando su arma, la descargó sin hizo lo mismo y con idéntico resultado; de nuevo, y con igual suerte que la anterior, tiró el infante; el duque, por último, tiró por tercera vez, y fatalmente, con tal acierto, que hiriendo a su contrario en un ojo le traspasó la cabeza, dejándolo muerto en el acto.

Des observaciones antes de proseguir. Primeramente, que el infante D. Enrique llevaba al duelo ánimo deliberado de que uno de los dos quedase en el campo del honor, cuando no correspondió al acto del duque de Montpensier de disparar al aire, como en señal de provocar una transacción.

Segunda, que del segundo que tiró el duque de Montpensier, la bala pasó rozando el hombro y la cara de su adversario, y que el tercero tuvo el fatal acierto que queda referido, lo que demuestra que D. Antonio de Orleans, ó fue muy favorecido por la fortuna ó es un buen tirador de pistola.

Seguros la narración de tan desgraciado acontecimiento.

El cadáver del infante parece que fué recogido por la artillería que está acampada en la dehesa de los Carabanchales y mandado al cuartel de San Gil, desde donde se decía que anoche se trasladara a la casa que vivió el infante; otros aseguraban que desde el sitio de la catástrofe había venido a la casa.

El duque de Montpensier parece que había regresado a su casa, en la que se aseguraba que permanecía a las siete de la noche.

Este grave acontecimiento, como comprenden con facilidad nuestros lectores, ha excitado vivamente la atención de todas las clases de la sociedad de Madrid, hasta el punto de afirmarse que anoche las autoridades habían tomado varias precauciones temerosas de algun desorden.

Las avenidas y la calle donde está situada la casa que habitaba el infante, estaban anoche llenas de personas, pertenecientes a todas las clases de la sociedad. También había una gran concurrencia en las cercanías de la que, al final de la calle de Puencarral es morada del duque de Montpensier.

Sensible y doloroso es que esta época de libertad sea tan ilimitada, que hasta las autoridades no pongan en acción todos los medios de que disponen para evitar sucesos como el que todo Madrid contempla hoy con horror, ó que sus órdenes hayan sido tan ineficaces, que no impidieran la realización de un duelo que todo el día de antes de ayer era público y notorio en esta capital.

Según el art. 350 del Código penal, el que matare en duelo a su adversario, será castigado con la pena de prisión mayor. Es decir, de siete a doce años de presidio. Pero aun aceptando para este caso el párrafo 3.º del art. 351, que es el más favorable que puede aplicarse, que expresa que al inculcado que se batiere por no haber podido obtener del juez la aplicación suficiente y satisfactoria de la ley, hubiere pedido, se le impondrá la pena de confinamiento menor en caso de homicidio; es decir, que el homicida sufrirá de cuatro a seis años de confinamiento a diez leguas, cuando menos de distancia del lugar en que se hubiere cometido el delito. Y del de su anterior residencia, quedando también sujeto a la vigilancia de la autoridad y suspensión de todo cargo y derecho político durante el tiempo de la condena.

Estas son las penas que marca el Código para el delito que dejamos referido. Si, como algunos indican, se juzgase el suceso que nos ocupa por la ordenanza militar, todavía son más severas las que corresponden. Para nosotros es muy dudoso que ese sea el tribunal que debe juzgar de este asunto; pues el duque de Montpensier, no solo es un militar honorario, sino que el delito se ha cometido fuera del servicio, en un paisano, puesto que ni fuerza militar tenía el infante don Enrique, y además, es de los que producen desafuero.

Que el sangriento suceso que dejamos relatado tiene en estos momentos una gran importancia política no puede desconocerse, y esto lo revela elocuentemente el estadiado silencio que sobre él guarda anoche toda la prensa montpensierista, con inclusión de la noticiera *Correspondencia*.

Si legalmente, es decir, con arreglo a las prescripciones de la ley, y suponiendo el caso más favorable, el duque de Montpensier se ha inhabilitado por cuatro ó seis años para ejercer todo cargo y derecho político, y por lo tanto, y con más razón, para hacer prosperar su desdentada ambición al trono de España, con mayor motivo se ha inhabilitado, y perpetuamente, bajo el triple punto de vista de la moral, de la conveniencia pública y del principio de autoridad, el que, una vez acontecido lo que desgraciadamente ha tenido lugar, no sería ni podría ser jamás su legítimo representante.

Creemos que la elevada jerarquía del duque de Montpensier jamás podrá ser excusa que lo exima de ser juzgado con arreglo a las leyes del país, hoy que tanto se proclama la igualdad ante ella, y que Francia da en estos momentos un ejemplo solemne del respeto que le merece, sometiendo al fallo del tribunal competente a un príncipe imperial por la iniciativa de su primo el jefe supremo del Estado.

¡Ojalá el Altísimo en su inagotable misericordia reciba en su seno el alma del infortunado infante D. Enrique de Borbón, nueva víctima de nuestras luchas políticas, ó, mejor dicho, de un exceso de españolismo, que no le permitía consentir, traspasando tal vez los límites de la conveniencia, que una ambición extranjera, a la par ingrata y desleal, viniese a ocupar el trono

de sus antepasados contra el sentimiento nacional. Nosotros nos asociamos con toda sinceridad al justo sentimiento de que se halla poseída la ilustre familia del finado con motivo de la irreparable pérdida que acaba de experimentar.

De nuestro respetable correspondiente de Roma acabamos de recibir la siguiente interesante carta, sobre la cual llamamos toda la atención de nuestros lectores:

Roma, 6 de Marzo.

Acabo de salir del Vaticano, en donde he tenido el alto honor de conular a la vez que el ilustre príncipe de Asturias.

El acto ha sido en extremo solemne, ya por lo que representaba en sí mismo, ya por las personas que recibían esta distinción extraordinaria, ya también por administrarse la sagrada Eucaristía en persona.

A S. A. R. el príncipe de Asturias se le recibió con todos los honores militares propios de su elevada jerarquía, recibiendo la guardia noble de su Santidad con las armas presentadas.

Después de oír misa y de recibir la sagrada comunión, S. A. R. los príncipes de Girgenti y su escogido acompañamiento, el Sumo Pontífice convido a todos a tomar en su compañía un delicado desayuno.

En la mesa, preparada para su Santidad, y donde todo asistió, colocó a su derecha al príncipe de Asturias, a su izquierda a los príncipes de Girgenti, a la derecha del príncipe a los cardenales Moreno y Antonelli, y en frente a los señores conde de Chieste, general Reina, y conde de Heredia Spínola. Durante el desayuno su Santidad mantuvo una conversación amena e instructiva con el joven príncipe y sus convidados. Al finalizar el almuerzo, el Santo Padre regaló a S. A. R. una preciosa joya, otra de no menos mérito para su augusta madre, y otras del bastante estima de cada uno de los individuos de la comitiva del príncipe.

Terminado el desayuno, el joven príncipe pidió la bendición de su Santidad para sus augustos padres y hermanos, y para todos los españoles. Esta espontánea y noble acción, que revela sus altos sentimientos religiosos y patrióticos, causó gran sensación entre los concurrentes, y su Santidad se apresuró con gran placer a satisfacer los nobles deseos del príncipe español.

Su Santidad llevaba puesta la sortija que le había regalado S. A. R. Alfonso. En sortija que se halla en la sala del Vaticano se dispensaron los mismos honores al príncipe de Asturias que a su entrada.

Gran número de personas, ya de la aristocracia, ya de todas las clases del pueblo, aguardaban en la sobria plaza, y el príncipe recibió una verdadera ovación de aquella distinguida muchedumbre.

Hoy sale para París el general Reina, portador de la carta en que su Santidad contesta a la que le dirigió S. M. la reina, con motivo del viaje de S. A. R. a Roma.

Se asegura que la carta de su Santidad es un documento notable en todos conceptos, y altamente favorable para esta ilustre dinastía.

Nosotros no tenemos todavía señalado el día para volver a París, pero creemos que no se dilatará el regreso.

De diferentes puntos han acudido bastantes personas a conocer y visitar al príncipe de Asturias. Españoles han venido muchos, y entre ellos algunos de elevada jerarquía como ya manifesté en una de mis anteriores. Últimamente ha llegado a esta capital sin otro objeto que el de ofrecerle sus respetos, el hijo político del Sr. D. José de la Concha, conde de Xiquena.

El señor marqués de la Corte, director que fue del instituto de San Isidro, nos remite un comunicado, que sentimos no poder insertar por la falta de espacio en nuestras columnas, y en el cual protesta, fundado en sólidas razones, contra la orden que le ha privado de la cátedra y borrado del escalafón de catedráticos.

El señor marqués de la Corte residía temporalmente en Francia, con el objeto de restablecer su quebrantada salud; su ida al vecino imperio y su permanencia en él no habían tenido otro objeto, y bien sabían todos sus compañeros y compañeros que no era la primera vez que hacia aquel viaje, pues hace diez años que padece una enfermedad del hígado que durante esos diez años ha ido constantemente a tomar las aguas de Vich, permaneciendo una larga temporada, por serie aquel clima mucho más saludable que el de España.

Si ha sido privado de su cátedra por no haber jurado la Constitución el señor marqués de la Corte, que se gloria de su lealtad y consecuencia, no debiera ser de peor condición que muchos catedráticos de la Universidad central, que no fueron destituidos durante las últimas administraciones, a pesar de que, no solo eran hostiles a aquellas situaciones, sino que hacían gala de su hostilidad y desafección a la reina.

Ha sido una venganza pobre y que no tiene justificación, cuando hay ejemplos bien patentes de que la medida no ha sido absoluta y sin excepción. Ahí está el Sr. Castelar, de quien no tenemos noticia que haya jurado la Constitución, y que, sin embargo, continúa al frente de su cátedra; y no se diga que siendo diputado, no tiene ni la obligación de jurarla; pues si como diputado no tiene que jurarla, como catedrático no tiene motivo para eximirse de aquella obligación.

Decimos a este propósito lo que decía pocos días ha el Sr. Martos: que la ley sea igual para todos.

Según dice la Correspondencia, ayer se recibió en el Tribunal supremo de Justicia la autorización de las Cortes para procesar al señor arzobispo de Santiago.

No sabemos cual será la resolución que adopte aquel alto tribunal, de suponer es que juzgará con la imparcialidad y seriedad de la verdadera justicia, el fallo sea o no. No es más de suponer que no se repita el escándalo dado con el señor obispo de Osema, y que el Tribunal supremo, manteniéndose a su altura, se sobreponga a todas las pequeñeces de las pasiones políticas.

Dice Las Necesidades.

Sabemos que son muchos los agitados reaccionarios

que andan reclutando gentes para hacer manifestaciones contra las quintas. Lo avisamos a las personas sensatas para que no se dejen seducir ciegamente por esos hombres, defensores de todas las tiranías y auxiliares hoy de los federales y carlistas.

Siempre la misma literatura y las mismas gratuitas suposiciones: los que el diario progresista califica de reaccionarios, ni han acudido, ni acudrán jamás a tales medios: no son de los que abusan del pueblo para que les sirva de escuela para subir. Los llamados reaccionarios permanecen tranquilos, viendo los resultados naturales de las doctrinas proclamadas por la revolución, de los halagos hechos al pueblo, de las promesas de que no habría quintas, y de la contradicción de esas doctrinas, del engaño de esos halagos y de la falta de cumplimiento de esas promesas. Dejan a la revolución con sus consecuencias, y nada más: aunque entraran en sus principios, que no entra, valerse del pueblo para tales ocasiones, en la presente se lo impediría su propia conveniencia: le basta con que los sucesos sigan su curso natural.

Siempre ocupándose los círculos políticos de la salida del Sr. Figuerola, y aun se supone que se ha invitado al Sr. D. Gabriel Rodríguez para ocupar el ministerio de Hacienda; si bien parece ser que ha negado a ello hasta que el país esté constituido, pues hasta entonces no le sería posible plantear su plan financiero.

Aunque el motivo que se indica para la salida del Sr. Figuerola es bastante justificado, por tratarse de las numerosas dimisiones de diputaciones y ayuntamientos que no pueden seguir funcionando por falta de recursos, a pesar de ello, repetimos, no damos gran crédito a la noticia, por parecernos imposible la existencia del gabinete Prim, sin el obligado desempeño del ministerio de Hacienda por el célebre economista Sr. Figuerola.

Dícese que después de la catástrofe que ocurrió ayer mañana en los campos de Alcorcón, y de resultados de la cual quedó muerto en el campo, por su primo el duque de Montpensier, D. Enrique de Borbón, los generales que apadrinaban al duque se acercaron confidencialmente al general Prim, y dándole conocimiento de lo ocurrido, le preguntaron en nombre de su ahijado qué partido debía tomar éste.

Parece que la respuesta del conde de Reus fue que el duque de Montpensier debía salir sin perder momento de los dominios españoles, a fin de evitar la acción de la justicia, que no podía quedar ociosa después de tan grave y público acontecimiento.

Parece que los tres diputados unionistas, que formaban parte de la comisión de actas, han dimisionado sus cargos por no haber podido obtener del sus compañeros que pasasen sin discusión las actas de Asturias, donde fue derrotado el duque de Montpensier.

Algunas personas aseguraban ayer que el acontecimiento indicado por la prensa el día anterior y que dio lugar al triste suceso que preocupa a todo Madrid, había sido previsto en todas sus consecuencias en regiones oficiales, encontrándose, en todo caso, una solución favorable a la política.

Entre las nuevas operaciones financieras que parece tiene en proyecto el Sr. Figuerola, ninguna será tan grave como la de intereses nacionales, como la que hemos oído estar ya en vías de negociación con varias casas extranjeras.

Se dice que se trata de tomar dinero con hipoteca de títulos del 3 por 100 exterior al tipo de 18 por 100, que serían depositados en el Banco de Francia, con obligación de aumentarla si bajasen los fondos, y vendiéndose en último extremo si el vencimiento no se recogiese la operación.

El 3 por 100 exterior se cotizó ayer, en París a 26 1/2, de manera que la hipoteca se hace con el rebaja de un 8 por 100 del tipo de cotización. Esta indicación bastaría por sí sola para calcular el estado a que ha reducido el crédito nacional el actual ministro de Hacienda.

La muerte del infante D. Enrique ha producido honda sensación en todas las clases de la capital.

El espíritu del pueblo, que instintivamente se olvidaba de todo menos de que era español, y compatriota del que tuvo la desgracia de morir a manos del duque de Montpensier, no era anochecer tan tranquilizador.

Parece que la Academia de la lengua está haciendo un trabajo interesantísimo, y que era ya urgente.

Se trata, no ya de introducir algunas palabras nuevas, sino de dar la verdadera significación a las antiguas, de modo que se va a formar un nuevo Diccionario.

El motivo y la causa son la aplicación contraria que ha introducido en las polémicas la prensa revolucionaria, cuando hace calificaciones de hechos y personas.

Al ver que un día y otro los progresistas llaman perdidos, ingratos, viles y otros dictados por recios a sus contrarios, y como llaman probos, ilustrados, leales, nobles y dignos a los que han vivido entre garitos y corrucciones, la Academia se ha resuelto a variar el significado de las palabras.

Con que ya lo saben nuestros lectores. Entendiendo al revés lo que dicen los revolucionarios, se acierta. Esta es la clave.

Nuestro amigo D. Agustín Esteban Collantes, ha salido para el reino de Valencia, donde permanecerá algunos días.

La abundancia de original nos impidió ayer dar conocimiento a nuestros lectores de un largo artículo que publica nuestro apreciable colega El Tiempo, sobre la Memoria del general Concha.

El Tiempo, además de hacer uso de algunos de nuestros argumentos, presenta datos y razones nuevos, y condena severamente la conducta del marqués de la Habana.

El Tiempo establece y consigna en dos partes diversas de su artículo, en el principio y al fin que nosotros no hemos dado motivo con nuestra

conducta para la publicación de la Memoria; y que el marqués de la Habana ha estado mal aconsejado al decidirse a publicar su Memoria. Esto mismo hemos creído y hemos dicho nosotros; y nos alegramos y es para nosotros motivo de verdadera satisfacción el ver confirmada por El Tiempo nuestra opinión.

En esta ocasión los párrafos más notables del artículo de nuestro colega:

«Durante diez y seis meses, la conducta militar y política del marqués de la Habana, en el brevísimo y desgraciado período de su vida ministerial, ha sido objeto de amargos comentarios, acerbas censuras, retenciones, maldiciones, ataques apasionados y apóstrofes sangrientos; sin embargo, el marqués de la Habana ha permanecido silencioso, no dignándose publicar la Memoria escrita en vindicación de sus actos. ¿Qué suceso extraordinario ha ocurrido recientemente, qué motivo poderoso tiene hoy el general Concha para haber entregado al dominio público aquel escrito? La causa es pretexto determinante de esta resolución parece que ha sido una frase de El Eco de España, frase incomparablemente menos grave que otras muchas, hasta la saciedad repetidas por varios periódicos revolucionarios, y que no justifica, a nuestro entender, la determinación adoptada.»

«Deploramos que la Memoria del general Concha haya visto la luz en los momentos de suprema crisis para nuestros dominadores, en estos instantes de vértigo para la revolución y de angustia para los que, inflamado el pecho con el sacro fuego del más noble y generoso patriotismo, solo anhelamos la salvación de España y el restablecimiento del orden y de la justicia. Si acordamos por ahora de las personas a quienes la historia puede considerar responsables de su desventura.»

«El marqués de la Habana, batallador infatigable en el campo de la política, protesta que no es hombre político; el marqués de la Habana, deudor de los cargos más elevados en la jerarquía militar, social y política a varios partidos, se jacta hoy de no haber pertenecido a ninguno. Sin embargo, confiesa que sus antecedentes y opiniones políticas eran conformes con las que representaba la unión liberal, cuyo jefe reconocido, desde la muerte del general O'Donnell, era el duque de la Torre, y véase por qué extraña coincidencia se vio en Septiembre de 1883 el marqués de la Habana frente a sus antiguos amigos y correligionarios políticos, conjurados contra el trono y la dinastía.»

«Lo diremos francamente. El pueblo de Madrid hacia comentarios sobre la actitud no bien definida en que la opinión pública supuso que los marqueses de la Habana y del Duero se colocaban; el pueblo de Madrid leyó con sorpresa la breve proclama que por escrito dirigió a los madrileños, con fecha 21 de Septiembre, el capitán general D. Manuel Gutiérrez, de la Concha, protestando su respeto a todas las opiniones, sin dedicar una palabra de repulchro a la conducta de los insurrectos, sin consagrar una frase, una sílaba, ningún recuerdo a la augusta persona de la reina ni al trono constitucional; el pueblo de Madrid escuchó atónito la alabanza verbalmente dirigida a las tropas el mismo día, hablandoles de libertad; el pueblo de Madrid interpretó, equivocadamente sin duda, los actos del marqués de la Habana y del marqués del Duero, suponiendo que seguían una política expectante, que les permitiera ser muy dinásticos, si se venía la revolución, o muy liberales, si la revolución triunfaba. De esta y no de otra manera se explica el estado moral de los ánimos en aquellos días.»

«Una sola cosa tenían los revolucionarios: el regreso de la reina, cuyo viaje prohibió el marqués de la Habana, en el momento mismo en que iba a partir el tren desde San Sebastián. Una viva la reina! resonando desde Madrid en todos los ángulos de la Península, hubiera sido bastante para impedir el triunfo revolucionario; la presencia de la reina en los campos de Alcorcón hubiera evitado la sangrienta lucha fratricida.»

«Pero la explicación que, respecto al espíritu del ejército de Andalucía, había padecido el general Concha, fue refutada por el duque de la Torre la noche del 30 de Septiembre, en virtud del siguiente despacho telegráfico, publicado en la Gaceta del 1.º de Octubre: «El duque de la Torre a la junta provisional de Madrid. Tan luego como fije la situación de las tropas que mandaba. Novaliches, para evitar una colisión con las de mi mando, marcharé sin demora a esa, conforme a los deseos de esa junta.»

«Dice el general Sandoval que el espíritu de las tropas es bueno.»

«Dice el general duque de la Torre que el espíritu de la división entre ambos ejércitos, treinta horas después de interrumpido el combate.»

«Y dice el marqués de la Habana: «No se puede contar con el ejército de Andalucía.»

«Ya que tan insostenible consideraba el marqués de la Habana la causa de la reina, ¿por qué no procuró salvar al menos la dinastía? Si los generales en su mayor parte estimaban conveniente una transacción que, dejando a salvo el honor del ejército, amparase la sociedad, tan seriamente amenazada, y mantuviera los derechos e intereses dinásticos, ¿por qué no siguió ese camino? ¿Por qué no pactó con sus antiguos correligionarios políticos los insurrectos, algo que atenuase la gravedad de la catástrofe?»

«Por qué se puso en precipitada fuga, escondiéndose como si le amenazara algún peligro, sin enviar su dimisión a la reina en debida forma, o sin abdicar siquiera en manos del caudillo cuyo triunfo se apresuró a reconocer, aunque no lo había conquistado? ¿Era esa la conducta, eran esos los deberes que cumplían a un militar?»

«Oculto en el cuartel de la Montaña, supo el marqués de la Habana que el general Ros de Olano se había encargado de la capitania general de Madrid; más quien nombró a Ros de Olano para desempeñar? Mucho silencio guarda sobre estos puntos el marqués de la Habana en su Memoria, pero en la nuestra conservamos muy presente lo ocurrido aquel día.»

«Los generales Concha se han pronunciado» fué la exclamación que circuló como una corriente eléctrica por todo Madrid, al leerse en la Gaceta del 29 una proclama del marqués del Duero en que decía lo siguiente: «En el momento en que me encontraba en la Península, y la causa de la civilización y de la libertad ni peligrará ni se menguara por exceso alguno en el pueblo de la metrópoli, que debe dar ejemplo a todos de cultura, y facilitar con su actitud firme y digna la solución que más convenga a la patria y a los intereses de todos.»

«Después de lo que acabo de manifestar, es seguro que se conservará la tranquilidad pública.»

«Con un ejemplo de la Gaceta en la mano, fueron los individuos de la junta revolucionaria a intimidar a los generales Concha la abdicación del poder que ejercían; los marqueses de la Habana y del Duero abdicaron; momentos después se constituyó la junta provisional de gobierno, sin intervención del vecindario, y acto continuo gritaba la muchedumbre: ¡Abajo los Borbones!»

«Mal aconsejado estuvo el marqués de la Habana al decidirse a publicar su Memoria; que, si algo demuestra, es la imposibilidad del triunfo revolucionario, si hombres más llenos de entusiasmo por la causa de la monarquía hubiesen regido en aquellos días aciagos los destinos de la nación.»

«El marqués de la Habana, a quien el ministro González Brabo nombró capitán general de los ejércitos nacionales, todavía calientes las cenizas del duque de Valencia; el marqués de la Habana, cuyas aspiraciones y caprichos se complacían en satisfacer los últimos ministros de la comunión moderada; el marqués de la Habana, amigo íntimo del Sr. Mariori, a cuya influencia política debió exclusivamente la presidencia del Consejo de ministros, llega a Madrid, presumiendo que la revolución es invencible; tiene a menos desvanecer su espada en defensa de la reina, que lo había hecho grande de España en premio de su lealtad, considerándose rebajado si en nombre de la patria y con arreglo a ordenanza se le recuerdan sus deberes militares; hay de formar gabinete, ni siquiera para compartir con otros hombres su responsabilidad en tan solemnes circunstancias; se abstiene de reforzar el ejército después de la desgracia de Alcorcón; manda a su general en jefe abrir paso a las huestes insurrectas del duque de la Torre, deja que el trono se caiga, y no se cuida de salvar la dinastía.»

«Con la publicación de su Memoria ha conseguido el marqués de la Habana patentizar a los ojos de todo el mundo la tremenda responsabilidad que contrajo, no impidiendo la catástrofe, que pudo evitar fácilmente inspirándose en el verdadero patriotismo.»

«Se nos dirige el siguiente comunicado que insertamos con mucho gusto: «Podemos asegurar, sin temor de ser desmentidos, que la separación de algunos oficiales del batallón cazadores de Barbastro, la traslación de varios, y el replazo pedido por otros, no reconoce por causa la falta a ninguno de los preceptos de la ordenanza del ejército; que para fundar sus actos nos cita el señor ministro de la Guerra con casi tanta frecuencia como ha faltado a sus prescripciones en su vida militar.»

«Podemos asegurar que tampoco reconoce por causa razón de carácter político de color marcado, sino por el contrario, el estricto cumplimiento de la circular de su excelencia, que previene completa abstracción de la política en el ejército.»

«Ninguno de los oficiales separados tiene la más insignificante nota en su personal que pueda hacerle desmerecer de otro en concepto militar y particular; todos, absolutamente todos, tienen brillantes dotes, y por lo tanto, si alguna mancha queramos hallarles para no ser admitidos en el ejército de Prim, solo puede ser la carencia de antecedentes políticos de indudable y precisa adherencia a su personalidad, con exclusión de otra alguna, antecedentes que creemos que ninguno se lamentará de no poseer.»

«Todos han sido constantemente fieles a sus juramentos y deberes, demostrándolo en África, Alcorcón y Málaga; ninguno ha sufrido una hora de separación del servicio, y por lo tanto, lo que hoy sufren debe enorgullecerles, porque patentizará, a todo el que conozca su origen, la dignidad y cordura a la par que marca de un modo indeleble la poca justicia que hoy se administra al ejército, la poca seguridad que tiene el que cumple sus deberes y obedece lo que preceptúa el ministro de la Guerra y el poco tacto para el mando y calificación de los jefes.»

«Ignoramos en qué artículos de la ordenanza podrá fundar el general Prim estas separaciones y traslaciones tan repetidas en los cuerpos del ejército, pues si bien autoriza hasta para la suspensión de empleos en determinados casos, no autoriza a que los oficiales sean en los cuerpos los que más agraden al jefe, ni que puedan menoscabarse sus derechos y crédito militar por separaciones, fundadas solo en una petición del jefe en carta particular, sin siquiera de oficio adquirir la responsabilidad a la prueba de los hechos de que se le acusa, hallándose el concepto de los oficiales a merced de cualquier jefe; por el contrario, hallamos en la ordenanza derechos, a la par que deberes, y garantido al oficial de arbitrariedades.»

«Creemos que la ordenanza del ejército tiene medios más que suficientes para el mando; si quien lo ejerce sabe ejercerlo, y por lo tanto, que las facultades extraordinarias de que hoy y en otros tiempos se ha investido a los jefes, producen solo el descontento, autorizan la desmoralización e injusticia, crean malos jefes, rebajan la dignidad del oficial, hacen muchas veces político al que ni lo era ni pensaba serlo, y desvirtúan por completo la ordenanza; aprenda esto el señor ministro, si quiere tener jefes, y que el ejército tenga las condiciones que son necesarias para llenar la alta misión que la patria confía a tan importante institución. — R. C. A.»

«Parece que al fin el lunes quedará hecho el arreglo del ministerio de la Gobernación y publicada la tan anunciada circular política a los gobernadores. Con ambas medidas se salvó el país.»

«Dice el Sr. Coronel y Ortiz encontró anoche y presentó en la mesa del Congreso el documento relativo al Sr. Puig y Llagostera, cuya pérdida motivó la dimisión del presidente y la de algunos individuos de la comisión de actas.»

PARTE OFICIAL.

La Gaceta de ayer no contiene disposición alguna de interés general.

REVISTA DE LA PRENSA.

Leemos en La Igualdad: «El candidato español se siente la fuerza del imperio candidato español H. A.»

«La concordia de los elementos coaligados se conserva hasta el instante en que aparece el interés del borbónico gachabicho.»

«Todos engullen alegres en la mesa del presupuesto, amigos, carismos, condescendentes; pero raro es el día que no se presenta a los postres la figura de Montpensier, como si fuera la del terrible Comendador, que llega, con su humanidad de piedra, a turbar las alegrías.»

«La comisión de actas de la Asamblea Constituyente ha vivido hasta ahora existencia feliz, armónica, llena de galantes abnegaciones.»

«Se presenta un candidato republicano en frente de otro unionista, y progresistas y unionistas se desvanecen en el sentimiento del compañerismo, y el candidato unionista obtiene las justas simpatías de todos.»

«Otra vez es radical que nombres atrapan los partidos, el que ha luchado con el republicano, y los unionistas se derriñen de amor por los radicales.»

«Pero por mala ventura suena en el seno de la alegre y amigable comisión el nombre de Montpensier, a consecuencia de la mala idea que tuvieron sus adoradores de hacerlo proclamar en la tierra de Pelayo, y de seguir de hacerlo el odio los individuos de la comisión de actas, sus puños se crispan, brotan chispas sus ojos, castañan sus dientes, mordiéndose amenazas que flaman alboradas lenguas, mojadas en el encono que hierve en sus pechos, y la comisión se divide en dos bandos, dispuestos a luchar hasta la muerte.»

«Ahora ha tenido lugar una de esas aradas conflagraciones, desencalzando en la república de los unionistas que formaban parte de la comisión de actas.»

«Nosotros creemos que el asunto no merece tanta desazón.»

«Parece que los unionistas no quieren que se haga pública de un modo oficial en la Asamblea la derrota que ha sufrido el bien amado en Asturias, mientras se encuentre en Madrid, y los progresistas se empeñan en darle el disgusto en sus propias barbas.»

«Fácilmente soborna tiene la gente de la unión! ¿Por qué no se presta a que los radicales se proporcionen tan infatigable desahogo, si al fin y al cabo han de cargar con el egrejo duque, aunque sea a regañadientes?»

«La unión liberal es implacable! ¿No será hasta el punto, añadimos nosotros, de insistir en querer imponernos como rey de España al que la opinión y la prensa unánimes presentan hoy como matador de su primo el infante D. Enrique?»

«¿Sino fútil el de los Orleans!»

«Creemos que han de escoger un poco a los revolucionarios, a pesar de que tienen la epidemia bastante dura, los siguientes adherentes de La Esperanza:»

«Entre otros cosas que deba haber hecho la revolución estentorea pronto, era abollar para sí a los quintos y los consumos.»

«Y entre las demás cosas que la revolución nos impone, aparecen en primer término los consumos y las quintas.»

«Esto, al parecer, sorprende a los republicanos; pero no hay aquí otra cosa sorprendente sino la sorpresa de esos caballeritos.»

«A nosotros nos parece muy natural, en la revolución setembrina, el restablecimiento de las quintas y los consumos con adiciones.»

«Tan natural como el que la espada sobre la cual rara Prim defender a doña Isabel, se haya empleado en derribar a doña Isabel del trono.»

«Allí va una historia a propósito de revolución y a propósito de consumos.»

«Por los años de 34 se suprimieron también los consumos.»

«Peto ya a principios del 55 se empezaron a echar de menos los recursos que proporcionaban.»

«Era ministro Brull, y uno de los Escosuras director en el ministerio de no sabemos qué negociado.»

«El ministro reunió en junta a dos directores, les expuso la situación, y les dijo que era necesario restablecer los consumos.»

«Contradictorio Escosura; pero, estrechado por los demás, y a falta de argumentos, dijo: ¡basta!»

«Vamos, quiere decir que la revolución se ha hecho para que el pueblo sigo como estaba, pero para que yo y vos sustinieráramos en sus puestos a los polacos.»

«En cuanto a lo último, Escosura estaba en lo cierto: la cuestión aquí se debata entre polacos y cosacos.»

«Pero on lo que no tenía razón es en lo de que el pueblo siguiera como estaba.»

«Y el progreso, tras de esos nombres, ha traído los de guardia negra, habita, partido de la Porra, y otros no menos significativos.»

«Pero nadie nos ha perdonado, prometiéndonoslo todo, ni las quintas ni los consumos.»

«De nuestro estimado colega La Caria a los Ahijados tomamos los siguientes párrafos del artículo que, bajo el epígrafe Las declaraciones del general Concha, publica en su número de hoy:»

«Dos faltas gravísimas, además de otras, cometió aquel general: primera y principal, no haber venido con la reina a Madrid, ó haberla instado para que sin pérdida de momento hubiese venido a su corte; segunda, haber cedido desde el instante en que supo el resultado de la batalla de Alcorcón, no haber resistido en Madrid, y haberse arrojado en seguida sobre los sublevados de Andalucía. Haré sobre estos puntos algunas consideraciones, porque conviene dejar establecida la verdad, ya que los revolucionarios nos han atraído los oídos con la caída de la monarquía, y han llegado a decir que la arrojaron a puntapiés, y que cayó en el mayor desprecio, que podía caer, con otras frases no menos cultas de su peculiar y privativo estilo.»

«Los hombres de orden hubieran adquirido una confianza sin límites, y los revolucionarios hubieran decidido de ánimo al recibir la noticia de la llegada de la reina a la capital: el efecto que en unos y otros produjo la de que había ya salido de San Sebastián, pues circuló al minuto por Madrid, y aun se añadió que había llegado a Miranda de Ebro, por la circunstancia de haber entrado en la estación de aquella villa el tren real que conducía al conde de Girgenti, y iba a alcanzar el tren expreso; el efecto, digo, que aquella noticia produjo, reveló bien claramente cuál era la situación de los revolucionarios, y que todo lo haban a la indolencia, o desacierto del gobierno, más que a la fuerza y probabilidad con que creyeron contar. Los mismos sublevados de Andalucía y otros puntos hubieran desmayado ante la actitud firme y gran confianza que habría revelado la presencia de la soberana en Madrid.»

«¿Quién impidió que la reina viniese a Madrid? El general Concha, y nadie más. Había resuelto aquella augusta señora venir a Madrid, y esperando noticias, tanto de Andalucía como de Madrid, se iba retrasando horas y horas, la salud: lucía dos días que el general Concha había tomado posesión del mando superior, tanto en lo civil como en lo militar, y no había aconsejado a la reina que adoptase la resolución de venir a su corte; por fin, ya impaciente la augusta señora, a las once de la noche del 22, se dirige a la estación de San Sebastián, con muy escaso acompañamiento, resuelta a presentarse en su palacio de Madrid en la tarde del día siguiente. Sube al coche; señala su servidumbre; cada cual está colocado en su asiento; ciérranse las portezuelas, y el maquinista da el primer silbido de señal de partida; oyese el segundo silbido; el maquinista va a hacer silbar por tercera vez la locomotora, y el tren se va a poner en movimiento, cuando de pronto se oye gritar: ¡Alto, alto, alto!»

«Reina un profundo silencio: se abre el pliego, y se ve que es un despacho cifrado: hay que ir a la ciudad, en busca de la clave para descifrarlo, y durante aquel tiempo, más de media hora, la reina y todos los que la acompañaban, permanecen en los coches del tren: llega, por fin la clave; se descifra el despacho: el presidente del Consejo de ministros decía a la reina que suspendiese su venida a la capital: S. M. salió del coche del tren, y volvió a su alojamiento junto a la playa: desde entonces no se volvió a pensar en que viniese a Madrid. Esta es la historia real de aquellos momentos.»

«El general Concha dice en su Memoria que personas muy respetables le hicieron comprender que corría grave riesgo la seguridad personal de la reina, si venía a Madrid. Serían muy respetables aquellas personas, y harían sus advertencias ó indicaciones con la mayor buena fe; pero se equivocaban, y se equivocó entonces ministro universal al dar crédito a sus palabras: la reina estaba segura en Madrid, y en último, en el peor caso, habría podido retirarse de la capital a donde hubiese tenido por conveniente, en la más completa seguridad, por lo que voy a decir.»

«Si en Madrid se hubiese resistido, se habría venido con la mayor prontitud y facilidad: la noticia, instantáneamente comunicada a todas las provincias, habría caído como un rayo sobre los que se preparaban a secundar el movimiento de Madrid en el caso de que se realizara y fuese afortunado, y los que en la noche del 29, en vista de los reiterados telegramas de la junta de Madrid y de que ya no había peligro alguno en pronunciarse, dieron el grito y se presentaron como unos héroes, habrían amanecido sin pronunciar y renunciado a

to de pensamiento de perturbar la tranquilidad pública. El ejército que operaba sobre el Guadalquivir, y que deseaba volver a la batalla, había pasado el río y arrollado a los sublevados hasta Cádiz. No son estas unas suposiciones gratuitas: es positivo que el ejército del general Serrano había quedado material y moralmente más quebrantado que el del marqués de Novaliches; y tan crítica encontraba su situación los generales del lado allá del río, que dirigieron a Cádiz un telegrama, en el cual expresaba el general Serrano su temor de no poder sostenerse aquel día en sus posiciones. A tal punto llegó la alarma que causó aquel despacho, que el brigadier Topete estaba resuelto a embarcarse, si no recibía pronto noticias más satisfactorias; pero al recibir la satisfacción al recibir seis horas después otro despacho, en que le participaba el general Serrano haber dispuesto el general Concha que se le franqueara el paso para venir a Madrid.

Nuestro apreciable colega *El Tiempo*, bajo el epígrafe *Los anti-borbónicos*, publica un artículo, que la falta de espacio nos impide trasladar hoy a nuestras columnas, pero que insertaremos íntegro en nuestro número próximo.

SECCION DE NOTICIAS.

Ha sido declarado en situación de reemplazo el coronel D. Elias Sanchez Miliano, que mandaba el regimiento de infantería del Príncipe, núm. 3.

Paréceme que ha sido propuesto para el mando de un regimiento de infantería, el coronel de reemplazo en Valencia D. Manuel Villanazares é Irujo.

Los tenedores de las carpetas señaladas con los números 1,332 al 1,335, que comprenden todos los títulos del 3 por 100 consolidado presentados a renovar el 6 del corriente, por valor en conjunto de reales vellón nominales 109.862,000, pueden acudir a la tesorería de la Deuda desde el sábado 12, de diez a dos del día, en los no feriados, a recoger los nuevos títulos de la misma renta que se han emitido en equivalencia de aquellos.

Por decreto del ministerio de Ultramar ha sido nombrado jefe de administración de cuarta clase, oficial de la de terceros del ministerio de Ultramar, D. Francisco Javier de Bona, contador de primera clase de la casa de Indias del tribunal de cuentas del reino.

Se ha concedido habilitación para exportar mineral al puerto y playa de Parazuelos, con documentación de las aduanas de Aguilas ó de Mazarrón.

El 14 del corriente, a las horas de costumbre, satisfará la Caja de depósitos los intereses correspondientes al segundo semestre de 1899, por depósitos en metálico y efectos públicos constituidos en la misma y cuyas carpetas lleven los números del 3,001 al 3,950 en los primeros, y del 879 al 891 ambos inclusive.

Mañana empezarán los ejercicios para instrucción de brigada.

Por el ministerio de Hacienda se ha dispuesto que por ahora quede en suspenso la admisión de plata para la acuñación de moneda en la fábrica nacional, excepto las que procedan de negociaciones hechas hasta el día, que se recibirán hasta el 20 del actual.

La asociación de profesores y peritos mercantiles de reino hoy domingo, a la una, en el conservatorio de Artes, calle de Relatores, con objeto de ponerse de acuerdo en varios asuntos interesantes a las clases.

La inundación ocurrida en Huesca con motivo de haberse roto el muro de construcción de un pantano, perteneciente a la sociedad minera el *Tharsis*, ha causado cinco muertes y otras desgracias personales.

Por el correo próximo se remitirán a Cuba 500,000 cápsulas para aquel ejército y 200,000 para el de Puerto-Rico.

Ha regresado a Madrid el diputado republicano don Estanislao Figueras.

El ministro de Hacienda ha propuesto al de Gracia y Justicia la supresión de un crecido número de títulos de Castilla.

El resultado definitivo de las elecciones de Ciudad-Real ha sido el siguiente:

El Sr. Moret ha obtenido en los tres días 25,816 votos.

El Sr. Salido 10,888, y el Sr. Guisasaola 4,657.

SECCION DE PROVINCIAS.

El *Diario de Barcelona* hace notar que el mismo indiferentismo se va introduciendo en el cuerpo electoral que funciona en virtud del sufragio universal que el que caracterizaba el de los últimos tiempos del sufragio limitado. En las elecciones parciales que acaban de verificarse en Barcelona, los Sres. Serrallana y Fabregas han obtenido 10,399 el primero y 5,233 el segundo; al paso que el número de votos que reunieron ambos señores en las primeras elecciones fué de 27,154 y 20,947 respectivamente.

De 50,035 votantes, solo han tomado parte en la última elección 15,967.

El viernes, según dicen los periódicos de Sevilla, debió salir de aquella ciudad para esta corte el jefe del batallón de cazadores de Alba de Tormes, llamado por el ministro de la Guerra.

Hoy deberá verificarse en Sevilla una manifestación contra las quintas.

El gobernador civil de Badajoz, Sr. Mora, ha entregado a los tribunales, según nos informan, al ayuntamiento del Valle de la Serena por desobediencia y desacato a su autoridad, al cumplimiento de una orden que le librara para el abono de los haberes de los profesores de instrucción primaria de aquel pueblo.

El juzgado de Jerez de los Caballeros que con perseverante constancia viene trabajando con el objeto de averiguar quiénes sean los autores del asesinato cometido en la persona de D. Miguel Macías, ha dictado auto de prisión contra el alcalde y regidor primero de aquel pueblo, que parece resultan complicados en tan horrendo crimen.

Se asegura que va a procederse criminalmente contra el ayuntamiento de Granollers, por la conducta que ha observado en la elección de diputado provincial, a cuyo efecto parece que se han adoptado en dicha villa varias medidas militares.

Dice *El Diario de Barcelona*: «Según se dice de público, en la madrugada de ayer ayer fué asaltada por una partida de ladrones una casa ó masquerada, distante como cosa de una hora del pueblo de Pineda, los cuales robaron y atropellaron a cuantas personas se encontraban en ella, en particular a las mujeres, hiriendo gravemente a un anciano de más de setenta años de edad.

Después de la caída de la tarde del propio día, los guardias civiles Sebastian Grau Fortuny y Clemente Boter, sorprendieron en la tierra de Argemón, acompañados del guarda-bosque Francisco Pallarola, una partida de hombres armados que, habiéndose intimado la

voz de alto, les contestaron con el disparo de un arma de fuego. Los referidos guardias y su compañero les embistieron, no obstante la inferioridad del número, causándoles un muerto, un herido y cinco prisioneros, los que fueron llevados al otro, protegido por la oscuridad. Se les ocuparon en seguida un trabuco, un retaco, una escopeta, tres pistolas, tres pañuelos, dos navajas de muelle, un pequeño depósito de municiones, varias cartucherías, pañuelos y algunas prendas de ropa de corto valor, entre ellas un pañuelo de mujer, todas ellas, manchadas de sangre. Los presos, junto con el muerto y el herido, fueron trasladados inmediatamente a la ciudad de Matagorda, en donde en seguida se pasó a la instrucción del competente sumario.

Se sospecha que dichos presos son los que llevaron a efecto el criminal atentado que, antes hemos referido, y los que formaban una cuadrilla de criminales que atentaron a todos los habitantes de la comarca de Matagorda.

Dice *El Diario Mercantil* de Valencia del día anterior: «Ayer llegó a esta población, procedente de no sabemos dónde ni con qué fin, el batallón de cazadores de Madrid, que formaba parte de la brigada del coronel Bórgos.

En Córdoba se mandó acuartelar parte del batallón del regimiento de Asturias, últimamente llegado a esta, y se dice que se espera otro batallón, con objeto de formar una división que estará al mando de un general, que llegará a su tiempo.

Dice *Las Provincias* de Valencia del viernes anterior: «A las primeras horas de la tarde llamaron a la atención una larga cuerda de presos, conducidos por guardias civiles de caballería é infantería, que, cruzando algunas calles de la ciudad fueron conducidos a las cárceles de San Narciso. Los presos que marchaban a pie eran más de veinte y algunos más ancianos, y uno de ellos baldado, iban en dos carruajes. Ignoramos de dónde procedían.

Se ha dicho que en los últimos días de Carnaval entraron tres máscaras en casa del alcaide de Valencia del Ventoso, y le acometieron dándole una palanquilla cada uno.

Hoy debe tener lugar en Granada, según dice *el Diario* de aquella capital, una manifestación pública contra las quintas, que, prometida, según dicen, estar muy animada. Lo que es menester que la animación no sea tanta que pase los límites de la prudencia, de lo justo y de lo conveniente.

Dice *El Centro Popular* de Valencia: «A los que nos escriben cartas desde los pueblos lamentándose del atraso que se observa en el pago de las lictancias del departamento de expositos y rogándonos les demos noticia alguna de cuándo se verificará este, únicamente les diremos que sabemos que se han invertido cantidades nada despreciables en atender a gastos superfluos, puesto que solo reducían en favor de alguna determinada persona, pero que la falta de fondos será la única circunstancia que retarda el cumplimiento de tan apremiantes atenciones.

Por la dirección general de agricultura, industria y comercio se han pedido con urgencia a la diputación provincial, junta de agricultura y sociedad económica de Valencia, muestras duplicadas de los vinos del país con notas de precios en el mercado y coste de transporte a los puertos del litoral. El objeto es averiguar si surgen a alcoholica, que serviría de base en el tratado de comercio que sobre dicho caldo parece se celebrará con Inglaterra.

Leemos en *el Diario de Zaragoza* de ayer:

«Anteayer a las ocho y media penetraron los ladrones en el almacén de ultramarinos de D. Felipe Pérez é hijo, sito en la calle de Ruencara. Después de amenazar a los dueños y dependientes con quitársiles la vida si no les entregaban cuanto dinero tenían en cajas, les arrojaron al suelo, y cuando se disponían a efectuar sus infames deseos, hubieron de apercibirse los demás habitantes de la casa, que inmediatamente dieron la voz de alarma, haciendo huir a los ladrones, que perseguidos en su fuga por el celoso dependiente del establecimiento Sr. Laita, en su deshecho, y temerosos de que este pudiera darles alcance, le dispararon un trabuco, del que por fortuna no se alcanzó ningún proyectil. Enterado de lo que había sucedido el celoso inspector señor Colandrea, comenzó a poner en juego su actividad, la que creemos dará por resultado la pronta captura de los criminales.

SECCION EXTRANJERA.

Los periódicos de París que recibimos hoy no contienen noticias de gran interés. *La France*, a quien no había entusiasmado mucho en un principio la unanimidad, con que el Cuerpo legislativo aprobó el orden del día sobre la cuestión de la Argelia, obediendo sin duda a una nueva consigna, se entusiasma hoy ante un resultado nuevo en los fastos de la historia parlamentaria, y se promete grandes ventajas si en las cuestiones que interesan verdaderamente a todos los partidos se consigue una armonía semejante entre los diferentes grupos de la Cámara.

La comisión de descentralización continúa activamente sus tareas, y ha adoptado una resolución que vendría fuese imitada por las demás comisiones, a que tan inclinado se muestra M. Ollivier. Se reduce aquella a disponer que se hagan dos extractos de cada una de las sesiones: uno muy breve que se imprimirá inmediatamente y se remitirá a los periódicos; otro más extenso que también se mandará imprimir, pero que no se entregará sino a los que lo reclamen.

Las sesiones reunidas de legislación y de guerra del Consejo de Estado, están ocupándose en la discusión de un proyecto de ley relativo a la naturalización colectiva de los indígenas israelitas de Argelia. Se ha resuelto que, aplicándose a todos esos individuos el Senado-consulto de 14 de Julio de 1865, se les admita desde luego a disfrutar los derechos de ciudadanía francesa.

Se concederá a los que no acepten este beneficio el plazo de un año para hacer la declaración oportuna ante la autoridad competente.

En breve empezarán los debates sobre el proceso del príncipe Pedro Bonaparte: en Tours continúan con la mayor actividad los preparativos para la recepción é instalación de los miembros que han de componer el alto tribunal de Justicia: su presidente, M. Glantz, marchará a Tours tres días antes de la apertura de los debates, y se instalará en una habitación que se le ha preparado en el mismo edificio del tribunal. Los consejeros se alojarán en las habitaciones del palacio arzobispal, y serán conducidos a la audiencia en carruajes escoltados por un destacamento de caballería.

Como decíamos ayer, la corte de Roma parece dispuesta a acceder a las pretensiones del gabinete de las Tullerías, para que con arreglo al Concordato de 1801, se admita en el Concilio un representante imperial. Así se deduce de un artículo de *El Memorial Diplomatique*, en que se asegura que ha llegado ya a París la contestación de Roma al despacho de Mr. Darú, y que en esta contestación se dice que el gobierno romano acepta con gusto la petición del gobierno francés, encargando al mismo que dé la seguridad de que el representante de Francia será recibido con toda la consideración debida al país que representa.

La Gaceta de Colonia publica un capítulo adicional al decreto relativo a la supremacía del sberano Pontífice, en que se dice que el Papa no puede engañarse en la definición de los asuntos de fe y de moral. Este capítulo adicional está concebido en los términos siguientes:

«La santa Iglesia romana posee la supremacía plena y entera sobre la Iglesia católica universal, que reconoce verdaderamente y humildemente haber recibido, con la plenitud del poder del Señor, en la persona de San Pedro, príncipe de los Apóstoles, de quien es sucesor el Pontífice romano.

«Como antes de todo, está obligada a defender la verdad de la fe, todas las cuestiones que pueden surgir en materia de fe, deben ser definidas por su juicio, tanto más cuanto no es lícito prescindir de la palabra de nuestro Señor Jesu-Cristo *Tu es Petrus*, etc.

«Lo que se dijo en esta circunstancia ha sido demostrado por las consecuencias, porque en la Sede apostólica se ha conservado siempre inmaculada la religión católica, y guardada la doctrina en toda su altura.

«En consecuencia, enseñamos con la adhesión del santo Concilio, y definimos como dogma de fe que, gracias a la asistencia divina, sucede que el Pontífice romano, de quien se ha dicho en la persona de San Pedro por nuestro Señor Jesu-Cristo *Tu es Petrus*, etc., «puede equivocarse cuando obrando en su calidad de doctor supremo de todos los cristianos, define lo que la Iglesia universal debe observar en materia de fe y de moral, y que esta prerogativa de no errar ó de infalibilidad, se extiende a las mismas materias sobre que gira la infalibilidad de la Iglesia. Pero si alguno se atreve (lo que Dios no permita) a contradecir nuestra presente definición, sepa que se aparta de la verdad de la fe.

«La cuestión del *bill* relativo a los terre tenientes de Irlanda, se presenta bajo auspicios favorables al gobierno. El *plazamiento* durante seis meses, propuesto por un miembro irlandés de la Cámara de los Comunes, ha sido hasta ahora la única muestra de oposición que se ha dado contra la medida. El *bill* está aceptado en principio, y todo lo más sufrirá algunas modificaciones de detalle cuando se discuta en comité.

Entretanto, la opinión pública del Reino Unido está vivamente alarmada con la repetición de los crímenes agrarios en Irlanda. El marqués de Clarinard ha dirigido al gobierno, en la Cámara de los Lorea, una interpelación sobre el particular, y no se habrá olvidado que interpelado ya en la de los Comunes por lord John Manners sobre las medidas que el gabinete se proponía adoptar para restablecer la seguridad de la vida humana.

Mr. Gladstone contestó, que luego que se hubiesen discutido la ley agraria, daría cuenta de las disposiciones que se propone tomar para remediar los males que afligen a Irlanda.

Nada nuevo de Prusia ni Baviera. En Austria continúan las dificultades para poner de acuerdo a las diferentes nacionalidades que componen el imperio. La comisión encargada de dar su dictamen sobre las pretensiones de la Galitzia, ha celebrado una nueva sesión en que no se ha tomado resolución ninguna. M. Reichbauer ha presentado un proyecto de arreglo con los polacos, pero no parece que ha encontrado apoyo en el ministerio, que, según se dice, no ha renunciado a su pensamiento de subordinar las concesiones solicitadas por Galitzia a la aceptación de las elecciones directas.

No es M. Thiers, como se había dicho, el encargado por el gabinete de redactar un proyecto de ley electoral; esta misión ha sido confiada a M. Dufróe.

Ayer una banda de 800 quintos pasó cantando la Marsellesa por delante de la redacción del periódico de dicho nombre; dividiéndose después en cinco o seis bandas que recorrieron desde las cuatro a las seis Belleville y Montmartre. La más numerosa de esas bandas iba precedida de una inmensa bandera. Cantábase además de la Marsellesa, *le Chant du départ* y el *alma de Polonia*; *Je suis la Pologne captive*, gritaban, y *¡viva Rochefort!* Los habitantes los veían pasar con la mayor calma. Una fracción importante del grupo entró en una albería de la calle de Cendriers, y en seguida se dispersó la banda.

En este momento recibimos un despacho de Washington en que se nos asegura que Quesada, jefe de los insurrectos de Cuba, acaba de llegar a dicha ciudad. Se ha dicho en París que el objeto de este viaje era el de gestionar cerca de los Estados-Unidos para que pronto reconocieran a los insurrectos como beligerantes. No negaremos que puedan muy bien ser estas las intenciones de Quesada; pero nos creemos en el caso de asegurar que los Estados-Unidos no accederán a esta petición, que podrá muy bien presentarse a las Cámaras, como hemos dicho, y producir una discusión más ó menos acalorada, pero nada más.

Es una cosa decidida que con motivo del aniversario del nacimiento del príncipe imperial no se dará este año condecoración alguna.

Paréceme que en París se va a publicar un folleto contestando a la Memoria del marqués de la Habana.

El gobierno inglés acaba de resolver que será devuelto al expedidor de un despacho telegráfico el precio de este cuando resulte que ha sido transmitido con retraso. Si respecto a los telegramas que vienen de Madrid aquí se adoptase este sistema, nos saldría el servicio de balde.

Se insiste hoy en que se han recibido despachos telegráficos de la Rumania asegurando que se notaba gran agitación contra el príncipe Carlos, y aún se añade que para evitar un rompimiento, el príncipe de Hohenzollern había llamado al poder al partido revolucionario, temiendo que si no se hacía esto, el príncipe Carlos sería asesinado.

El Sr. DIAZ QUINTERO pidió una rectificación al *Diario de sesiones*, en que se le había atribuido la intervención en la sesión de ayer, en la que se había discutido la cuestión de la responsabilidad de los ministros. El Sr. MAISONNAVE preguntó al ministro de la Gobernación si aceptaba la responsabilidad de no haber remitido unos documentos al Tribunal supremo, relativos a la diputación provincial de Alicante suprimida.

El Sr. VILLOSOLA preguntó al señor presidente del Consejo qué había acerca de la venta de Cuba a los Estados-Unidos.

El señor presidente del CONSEJO dijo que era pura invención.

El Sr. BLANC preguntó al ministro de Gracia y Justicia acerca de un juez que había en Aragón, cuyos parientes tenían bienes en el distrito, y a la comisión de peticiones si había dado dictamen acerca de la de los obreros sin trabajo en Madrid.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA dijo que se ocuparía del asunto.

El Sr. GORONEL dijo que la comisión de peticiones había ya dado dictamen acerca de esta petición, diciendo que pasara al presidente del Consejo.

El Sr. ROJO ARIAS pidió datos acerca del número

de conventos que había antes de la revolución, y los que se han suprimido después de la revolución.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA dijo que los tenía.

El Sr. CASTELLAR empezó a explicar su interpelación acerca de la política interior del gobierno.

Dijo que estaba perplejo, porque ante una gran desgracia tenía que tener el camino de su discurso, no ocupándose, como pensaba, de una persona que en la mente de algunos estaba destinada a la más alta magistratura del Estado.

La situación, en su concepto, es mala, muy mala, y la culpa de que así sea es que en esta revolución se tocan todos los males de las revoluciones y ninguna de sus ventajas, atendiendo a que la revolución no tiene bandera.

El mal principal, lo que mantiene todos los partidos en lucha, todos los intereses perjudicados, todas las pasiones sobreexcitadas, es la carencia completa de ideas políticas del general Prim.

El presidente del Consejo de ministros no se sabía lo que era en política, y podía calificarse de cantidad indeterminada, que podía sumarse con cualquier partido de los que están dentro de la revolución, y por eso había que esperar en él para traer desde D. Alfonso de Borbon hasta la república.

Todo el mundo se quejaba de continuar los mismos males que antes de la revolución, y a todas estas quejas respondía el general Prim que la libertad estaba encarnada en él, cuando en realidad la tenía herida, muerta y aniquilada a sus pies.

El silencio de los grandes oradores de todas las fracciones de la Cámara, indicaba que todas estas fracciones estaban esperando el triunfo del general Prim.

Al presidente del Consejo lo mismo le sirven para el ministerio los que querían combatir los principios democráticos como los que querían defenderlos; ni el señor Cánovas, ni el Sr. Posada, ni el Sr. Ríos, ni el señor Rodríguez, ni el Sr. Martos, ni el Sr. Mata, ni el señor Muñoz, porque no estaban conformes con la situación que forma el ministerio actual.

Esto producía que en la Cámara no se vieran más que fantasmas, no habiendo franqueza más que en la palabra del orador, y en el semblante del Sr. Topete.

La conciliación está rota, no existe, y solo trabaja en pro de ella el Sr. Topete.

El general Prim, para asegurar el poder, hacíalo de las personas que podían tener influencia en la revolución, donde no podían ejercerla; a Serrano en Palacio, a O'Donnell en París; a Rívera en el ministerio de la Gobernación; y el poder del general Prim es hoy grande, pero por lo mismo más responsable que nunca.

El partido conservador había hecho perfectamente en resistir las reformas en el clero, el matrimonio civil y demás principios democráticos, pero esto demostraba que los radicales habían abdicado ante el predominio de la unión liberal.

Censuró los actos de los ministros de Estado, Gracia y Justicia y Ultramar, suponiendo que estaban supeditados por la unión liberal.

Ocupóse de juzgar los actos del ministro de la Gobernación, y dedujo que el Sr. Rívera no había respondido desde ese puesto a las esperanzas de la revolución, porque siendo democrático, había transigido con la monarquía rodeada de todos los atributos tradicionales de la misma manera que Emilio Olivier había transigido con el imperio y Bismarck con la aristocracia.

En su concepto, la transacción de la democracia había aceptado la monarquía, y la monarquía no había podido fundarse.

De este modo, el día que el partido conservador llegara al poder, destruiría los derechos individuales y el sufragio, a pesar de la conciliación que el Sr. Rívera había llegado a sostener.

El Sr. Rívera hace signos negativos.

El orador dice que si no representa el Sr. Rívera la conciliación, los señores conservadores debían recoger esa negativa, y romperla desde luego, para que la revolución, que estaba en su período orgánico, marchase resuelta y francamente por una senda despejada.

Pero era la verdad que el Sr. Rívera obedecía a la conciliación, como lo probaban las leyes del municipio y de la provincia, y el consentir que se restablecieran las quintas.

En cuanto a los actos del señor presidente del Consejo de ministros, dijo que el más notable era el de haberse sometido al militarismo, y el haber quitado al propio tiempo a los militares los derechos individuales, disgustando así a todos, y dando ocasión a que el ejército se hiciera político y sobrepasara en el de los partidarios de diferentes soluciones, por cuya razón se había visto obligado a enviar al destierro a jefes y oficiales.

Dijo que el general Prim pudo ser un Washington y no lo será, porque había puesto entre él y la república un lago de sangre.

Por último, como hombre político se distinguía por su indecisión y sus vacilaciones, dando ocasión a que se pudiera esperar de él únicamente, cuando más, que sea un títere de un Souleuvre.

Aconsejó que no continuara en sus vacilaciones, y que de una vez fuese, ó a la izquierda ó a la derecha, a la república ó a la monarquía; pero pronto, para que llegáramos a un período de paz, evitando una restauración.

El general PRIM hizo cargo de los principales puntos de ataque del Sr. Castellar, como fueron los encarnizados a dividir la mayoría, a molestar el noble amor propio del Sr. Rívera y a levantar el espíritu contra el presidente del Consejo de ministros; al que hasta llegaba a negarse sepultura en su patria.

Mucho le dolía al orador que tal digese, siquiera fuese un federal, después de la benevolencia que con los federales había tenido y de evitarlos que se derramasen su sangre.

Tachó de indecisión en su política era también un cargo infundado, puesto que clara y definitivamente fue y sigue siendo la de atacar y hacer cumplir lo que la soberanía nacional decía, que eran las libertades y la monarquía, a cuyos fines se caminaba.

Si el rey no estaba ya en su puesto, consistía en las dificultades que siempre hay para ello; pero estaba, y a ello iba, porque así lo quería el país, sin que hubiese para que pensar en la república. (Bien, bien.)

Era, pues, patente que el presidente del Consejo tenía una política, y política buena, y que porque lo era, estaba por la conciliación con los señores de la unión liberal, que habían contribuido lealmente a todo lo que la revolución deseaba, y están lealmente contribuyendo a consolidar la revolución para llegar a la elección de un rey como lo querían los hombres monárquicos. Por esta razón, tendía sus brazos a los señores de la unión y les estrechaba ambas manos.

Rechazó todo lo que se le había dicho y se le decía de un golpe de fuerza contra lo actual; golpe imposible, porque nadie se atrevería a intentarlo contra la soberanía de la Cámara.

Y terminó asegurando que él seguía empujando la bandera de la libertad, que consigna la Constitución, y estaba dispuesto a sostenerla contra todos los que quisieran atacarla.

El Sr. CASTELLAR, rectificado, diciendo que no había querido introducir la discordia en la mayoría porque esa discordia existía, y bien lo habían demostrado repetidos actos, y porque no era posible que la mayoría estuviese reunida en un mismo principio y aspiración.

Por lo demás se felicitaba de que el general Prim hubiese declarado que su política era la de la unión liberal, con la cual no vendrían a las Cortes las muchas le-

El Sr. RÍVERA empezó recordando que todos los grandes géminos de la elocuencia habían siempre acabado por perder las mejores causas.

Pues eso mismo sucedía al Sr. Castellar, cuya grandilocuencia era indudable; el cual había perdido la prueba de que así era, estaba en que el gobierno y la mayoría no estaban muertos.

Pasó a examinar el discurso del Sr. Castellar en sus fases prácticas y políticas, y declaró que no comprendía a un gobierno, porque ni era jefe de los republicanos ni tenía fuerzas que le ayudasen a crearlo.

Las Cortes acordaron que se prorogase la sesión, y el Sr. Rívera terminó su discurso contestando a los principios del gobierno y de la mayoría.

Rectificó el Sr. Castellar, y se levantó la sesión.

GACETILLAS.

El célebre y popular astrónomo zaragozano don Cayetano Yagüe, tan acertado en sus cálculos, anunció en su calendario titulado *Clean Agosto*, el siguiente pronóstico para lo que resta de Marzo:

17. Plenilunio en Virgo, a las 1 y 27 minutos tarde: lluvias ó vientos huracanados.

24. Menguante en Capricornio, a las 4 y 12 minutos madrugada: hielos y nieves.

31. Novilunio en Aries, a las 1 y 33 minutos madrugada: mejora la temperatura, y en partes lluvias.

Hace pocas noches que se veían deslizar por la superficie del estanque del jardín del Luxemburgo en París una especie de serpientes luminosas, que de tiempo en tiempo despedían llamas. Este fenómeno atrajo una multitud de curiosos.

Probablemente el supuesto fenómeno hará sido ocasionado por alguna sustancia fosfórica arrojada en el estanque por algún chusco.

Siguen los crímenes en Francia.—En un pueblito marítimo inmediato a Boulogne, se ha descubierto en un pozo el cadáver de un hombre acerbillo a palanillas, con las piernas encogidas y envuelto en un saco como un fardo. De las investigaciones judiciales resulta que el muerto era un jornalero llamado Feliciano Malfoy, que faltaba de su domicilio hacía quince días.

El mayor misterio envuelve este horrible crimen; pero se le supone generalmente relacionado con otros dos asesinatos y con varias tentativas que se verificaron en aquel país el año pasado.

Ayer anticipamos a nuestros suscritores de provincias los siguientes despachos telegráficos:

París 11. Dos diputados de la oposición han sido nombrados individuos de la comisión de iniciativa de la Cámara.

Asegúrase que el general Changarnier volverá al servicio activo, y recibirá el mando en jefe de la gran división militar del Este.

En la Bolsa de hoy se han cotizado:

El 3 por 100 interior español, a 22 3/8.

El 3 por 100 francés, a 74.40.

El 3 por 100 exterior, id., a 28 1/2.

El 4 1/2 por 100 a 102.90.

El 5 por 100 italiano, a 55.95.

Londres 10.

Consolidados ingleses, de 92 3/4 a 78.

París 12.

El Cuerpo legislativo ha suspendido sus sesiones hasta el 21 del presente mes.

Florescia 11.

En la sesión del Parlamento de hoy, el ministro de Hacienda ha presentado un proyecto de ley aumentando los derechos sobre el timbre y sobre los consumos, y atribuyendo al Estado el producto de la contribución mobiliaria.

BOLSA DE MADRID DEL DIA 12.

FONDOS PUBLICOS.

DEL 11 DEL 12

3 consolidado..... 23-45 23-35

Id. pequeños..... 24-00 23-55

Id. fin del